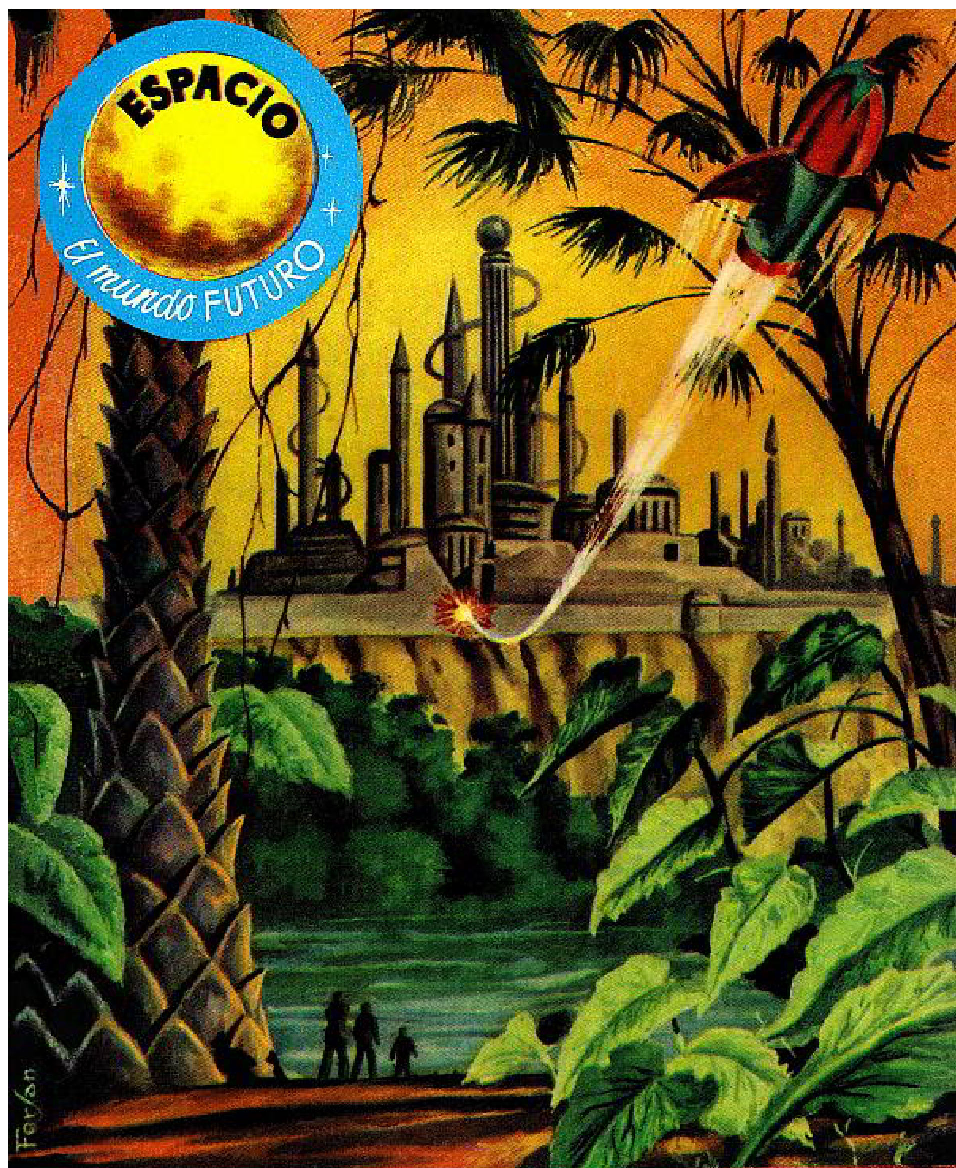


"LOS VISITANTES"

JOHNNY GARLAND

Le gustaba la arqueología por lo que puede tener de interesante para el profano. Tratar de ver en ello, en los rotos fragmentos de obras antiguas, un reflejo, un rastro de la vida y de la mentalidad de seres desaparecidos de la superficie del mundo. No entendía nada de nada de la civilización, como tampoco sabía gran cosa de los incas o los aztecas, salvo la dudosa fidelidad histórica de las guías turísticas adquiridas a medio dólar en Mérida, Progreso o Cabo Catoche.

Mike no confiaba mucho en que los derruidos muros de piedras milenarias, o los rostros de algunos de los ascéticos ídolos que, según su guía de turismo, habían sido adorados por los mayas, una civilización que había sustentado ideas religiosas metafísicas, pudiera revelarle secretos muertos hacía más de treinta siglos. Sin embargo, la extraña configuración de sus rostros pétreos, mordidos por el tiempo y los elementos, los curiosos bajorrelieves de las excavaciones mayas y todo lo demás que se podía apreciar allí, poseía alguna rara fascinación que retenía los sentidos.



Johnny Garland

«Los visitantes»

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 116

ePub r1.0
LDS 20.12.18

Título original: *«Los visitantes»*
Johnny Garland, 1958
Cubierta: Fersan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Como en un Prólogo…

El Viajero Número Uno escribió en su Diario calmosamente:

> «Zyndra ha quedado atrás… Estamos avanzando por el espacio, camino de la Tierra… En aquel planeta azulado, que aparece envuelto en brumas, a mucha distancia de nosotros todavía. Se le ve muy borrosamente, igual que al Sol, astro central de este Sistema Planetario en el que hemos entrado… Al menos, todos los planetas parecen girar a su alrededor.
>
> »No sé si las cosas serán como en nuestro sistema. Aparentemente, las distancias entre los mundos son mucho más reducidas, y los cuerpos celestes tienen también un tono más opaco.
>
> »Diríase que están muertos… Pero yo sé que tienen vida. Lo sabemos todos. Y tenemos que visitarlos, llegar a ellos y ver cómo es su raza… No hay otro camino, no existe otro medio.
>
> »El Viajero Número Dos me dice en este momento que ha quedado atrás un mundo rojizo, surcado de rectos “canales”. Yo sé cuál es. Estuve una vez en él, con otros Viajeros. Pero en ese mundo ya no queda forma alguna de vida inteligente. No nos sirve.
>
> »Tampoco aquel otro, más próximo al astro central de este Sistema, que parece una estrella brillantísima en mitad del firmamento. Allí también se extinguió

todo rastro de vida. Tampoco nos sirve…

»Es ése otro mundo el que nos interesa. Ese astro azul, envuelto en brumas. Tiene que haber atmósfera, tiene que haber seres vivos, semejantes a nosotros…

»Y por eso vamos a visitarlo, por eso tomaremos tierra en él. No es una invasión, ni siquiera un ataque. Es… simplemente eso: una visita.

»Y nosotros, los Visitantes…».

El Viajero Número Uno terminó sus anotaciones.

Ésta hubiera sido la traducción libre de su texto, a cualquier idioma terrestre. Cierto que aquellos signos, aquellos caracteres complicados y rápidos no parecían letras ni palabras. Eran simples expresiones gráficas y ahí acababa todo parecido con otro lenguaje similar.

Pero no había nadie capaz de traducirlo. Ni siquiera de verlo o imaginarlo.

Como tampoco se imaginaba que una astronave estaba cruzando el espacio hacia el planeta Tierra, salvando las distancias fabulosas del Cosmos, desde lejanos confines.

¿Quién iba a imaginar que los ojos de unos Visitantes extraños se fijaban ya en el viejo mundo terrestre, antes de iniciar su sigilosa visita? Una visita que no iba a ir precedida de una cortés llamada a la puerta…

Aquél era un prólogo ignorado por la raza humana.

Capítulo primero

UN Yanqui en Yucatán



ike Reagan hizo girar el carrete de su cámara fotográfica, captó otro bello ángulo de las ruinas y volvió a colgar de su hombro la Kodak, deambulando curiosamente por entre los restos grisáceos y herbosos de la civilización maya, extinguida un montón de años antes de Jesucristo.

Le gustaba la arqueología por lo que puede tener de interesante para el profano. Tratar de ver en ello, en los rotos fragmentos de obras antiguas, un reflejo, un rastro de la vida y de la mentalidad de seres desaparecidos de la superficie del mundo. No entendía nada de nada de la civilización, como tampoco sabía gran cosa de los incas o los aztecas, salvo la dudosa fidelidad histórica de las guías turísticas adquiridas a medio dólar en Mérida, Progreso o Cabo Catoche.

Mike no confiaba mucho en que los derruidos muros de piedras milenarias, o los rostros de algunos de los ascéticos ídolos que, según su guía de turismo, habían sido adorados por los mayas, una civilización que había sustentado ideas religiosas metafísicas, pudiera revelarle secretos muertos hacía más de treinta siglos. Sin embargo, la extraña configuración de sus rostros pétreos, mordidos por el tiempo y los elementos, los curiosos bajorrelieves de las excavaciones mayas y todo lo demás que se podía apreciar allí, poseía alguna rara fascinación que retenía los sentidos.

No era tampoco un sentimental o un impresionable. Mike Reagan tenía fama entre sus compañeros de la revista «Sight» de tener un noventa por ciento de cerebro, un ocho por ciento de espíritu profesional, y apenas un dos por ciento de corazón.

Pero le gustaba aquello. Sentía la proximidad de algo que había desaparecido del mundo hacia muchísimos años, de siglos antes. Las ruinas eran capaces de vivir en el tiempo, el Hombre podría morir, pero jamás su obra, si ésta tenía grandeza. Y la arquitectura maya la tenía, era evidente…

Vio por primera vez a la muchacha cuando dobló con excesiva precipitación la esquina de un altísimo cubículo de enormes piedras, cuya ensambladura, sin argamasas ni materias visibles, era un enigma tan grande como el de las pirámides egipcias, por ejemplo, y casi le derribó de entre las manos la delicada cámara cinematográfica que manejaba en aquel momento.

—¡Estúpido, me ha estropeado la película! —protestó ella, airada, volviendo hacia él su rostro. Al mismo tiempo sujetaba apuradamente la pequeña cámara filmadora. El rollo cesó de producir su mosconeo peculiar, y Mike se encontró ante un par de duros ojos grises, bajo unas cejas arqueadas que recordaban a un diablo, aunque un diablo prodigiosamente hermoso, eso sí. La dueña de tan hermosos ojos, agregó, furiosa—: ¡No encontraré más película negativa para filmar en color estas bellezas, hasta volver a Mérida! ¿Es que no tiene ojos en la cara, señor?

—No tan bellos como los suyos, señorita —se apresuró a contestar Mike, con su mejor sonrisa—. Y no sabe usted lo que haría por proporcionarle otro carrete en el acto…

—¡Oh! —La damita de ojos grises parpadeó, algo aturdida. Pareció avergonzada de su furiosa reacción y trató de disculparla

con frases breves y vacilantes—: Perdone, pero es que tengo mucha ilusión por conservar esta película… ¿Es usted americano también?

—Aun sin ese «también», he podido adivinar que usted es americana, ¿no? —preguntó Mike con su mejor sonrisa.

—Acertó —rió ella, olvidada ya su irritación anterior.

El aire de las altas planicies agitaba sus cabellos, de un plateado color rubio ceniza. Aquel mismo aire adhería a su cuerpo la blusa de fina seda y la amplía falda a cuadros, modelando con inquietante nitidez sus soberbias curvas. Ella decía ahora:

—Somos compatriotas…, pero no los únicos que se encuentran en estas ruinas. Lo raro será encontrar nativos por aquí…

—Cierto —dijo Mike a su vez, sin poder evitar que las ruinas mayas perdieran todo su ancestral encanto, ante las líneas modernas pero mareantes de aquella deliciosa americanita—. Los mayas deben avergonzarse de su propio declive, y se ocultan de sus antepasados cuanto les es posible, para no morir de hastío y amargura.

—¿Sabe usted mucho sobre la civilización maya? —preguntó la joven, mirándole curiosa.

—Oh, no, ni me importa. He leído todos los párrafos de la guía turística, algunas obritas superficiales sobre las antiguas razas de Centroamérica, y no me explico cómo las culturas pueden llegar a derrumbarse tan estrepitosamente.

—Eso puede ocurrirle un día a la nuestra —le advirtió, burlona, la joven.

—¡No me diga! ¿Y qué hará el mundo, si dentro de tres mil años desconoce la Coca-Cola, el «*whisky*» y la televisión? ¿Cree usted que les será posible sobrevivir?

La joven soltó una carcajada tan de buena gana, que contagió su risa a Mike. De repente, éste se puso serio y dijo con fingida gravedad:

—¿Se da cuenta de cuán inferiores somos nosotros, pobres seres del siglo veinte, ante esas inescrutables carátulas de otras generaciones remotas? Hace un momento peleábamos porque su película en color se había ido al traste. Ahora parecemos amigos de siempre. Bueno, acaso lleguemos a serlo. Yo me llamo Reagan, Mike

Reagan.

—Y yo Luana Henderson —dijo ella, tendiendo su mano abierta. Mike la estrechó—. De Louisville, Kentucky.

—Como el buen «*whisky*». —Mike chascó la lengua mirando la figura escultural de la joven—. Empiezo a creer que Kentucky es algo grande… Yo soy menos aristocrático, señorita Henderson. Procedo del vulgar Brooklyn, y trabajo en el vulgarísimo Broadway, entre ruido, bocinas, luminosos y voces de vendedores de periódicos. Un mundo horrible, gris y humeante, que no le aconsejo conocer.

—Lo conozco —rió Luana Henderson—. Y no es tan malo como usted da a entender. Fui secretaria de un banquero de Wall Street y novia de un camarero de «*snack*-bar», en la Sexta Avenida.

—¡Uf! —Mike hizo un gesto vivo—. Entonces ya conoce lo peor del mundo. Comprendo que le fascinen los mayas y su milenario mundo.

—Es usted terrible y destructivo. Casi le hace desear a una la vida de otras épocas más agradables. Sin darse cuenta de que todo tiempo tuvo su parte desagradable.

—Eso es filosofía. No creo que nadie haya dicho nunca nada más cierto. —Mike escrutó el pétreo rostro de una gigantesca estatua erguida frente a ellos. Las piedras azulaban a la luz de la tarde, y un lagarto corrió sin respeto alguno a la deidad, sobre su carcomida nariz de piedra—. ¿Ve? Hasta ese personaje tan feo parece darle la razón.

—No se meta con nada de eso. —Luana Henderson se tornó bruscamente seria—. Soy algo supersticiosa, y me produce la impresión de que si uno se ríe de lo que otros seres respetaron, puede ocurrirle algo terrible…

—¡Tonterías! —aseguró Mike, soltando Una carcajada—. Acaso se piense así en Kentucky, pero en Brooklyn tenemos otras ideas. Oiga, a propósito, ¿qué hace usted en el Yucatán? ¿Turismo?

—No soy una millonaria o una desocupada, señor Reagan —respondió ella con suave sonrisa. Al sonreír tenía una boca preciosa, pensó Mike al ver aquellos labios rojos y aquellos blanquísimos dientes iguales—. Trabajo todo el año. Estoy aquí por mi trabajo.

—Hum… ¿Qué trabajo? No me dirá que es una horrible y acartonada arqueóloga.

—No, no se eche a temblar —de nuevo se echó a reír la joven—. Trabajo de secretaria.

—¡Oh, qué peso me quita de encima! ¿Para quién trabaja? ¿Algún yanqui?

—No, un caballero extranjero que…

Se detuvo. Detrás de ellos había sonado una voz suave, afable, con un leve acento extranjero:

—Señorita Henderson, por favor. Jan y yo estábamos buscándola…

Ambos se volvieron. Los dos hombres habían aparecido como llovidos del cielo, pero la verdad es que procedían del recodo de una de las altas y enjutas deidades pétreas de los mayas. Su calzado de fieltro había amortiguado sus pasos hasta que se pararon unos pasos detrás de ellos.

—Sí, profesor, perdone. Me entretuve fotografiando estas ruinas tan maravillosas… y entonces encontré a un compatriota. Americano como yo, ¿sabe?

—Oh, sí, entiendo —el hombre que hablara había vuelto a hacerlo.

Su voz era muy suave y apacible. Al mismo tiempo que respondió a la joven, miraba con curiosidad a Mike Reagan.

El periodista se encontró con un rostro cuadrangular, sólido y enérgico, unos ojos muy claros y penetrantes, tras el grueso cristal de unas redondas gafas que parecían cabalgar sobre su halconada nariz. Vestía de blanco, y poseía un cuerpo sólido, no muy alto. Su cabello era extraordinariamente rubio y ensortijado, pese a su edad madura.

Junto a él, un hombrecillo con rostro de filipino o hawaiano, tez aceitunada y cabello negrísimo, liso y peinado hacia atrás, permanecía con respetuosa sumisión.

—Señor Reagan, es el profesor Wardo, mi jefe —informó ella, apresurada—. Profesor, le presento a mi compatriota Mike Reagan, un turista de Nueva York…

—Oh, Nueva York… —sonrió el profesor, estrechando la mano de Mike—. Gran ciudad.

—Gracias. —Mike agregó, rápido—: No soy exactamente turista. La señorita Henderson ignora aún que estoy aquí para informar a mi periódico del resultado de recientes excavaciones en estos

lugares, con importantes hallazgos mayas…

—Ah, eso es muy interesante —los agudos ojos del profesor le estudiaron largamente, antes de preguntar con dulzura—: ¿Es usted periodista especializado en arqueología?

—¡No, no!! —Reagan levantó su mano, en vivo ademán de protesta—. Nada de eso… Mis lectores no quieren aburrirse. Compran la revista para leer comentarios ligeros, ver buenas fotografías y enterarse, algunos de ellos, de que han existido mayas alguna vez. ¿Qué otra cosa se puede pedir al público habitual de una revista como la mía?

—Entiendo —el tono del profesor fue algo más frío—. La amenidad aventaja a la Ciencia en su tierra, ¿no es así?

—Oh, claro. ¿No le ha hablado de ella su secretaria? El día que dejemos de pensar superficialmente, haremos la competencia con desventaja a los alemanes. ¿Es usted alemán tal vez, profesor?

—No —respondió, con una sonrisa leve, el profesor Wardo—. Esté tranquilo… ¿Vamos ya, señorita Henderson? Ya sabe usted que tenemos mucho trabajo estos días…

—Sí, sí, profesor… —Luana se volvió a Mike y le estrechó de nuevo la mano—. Ha sido un placer, señor Reagan. Tiene usted un sentido del humor admirable. Me gustaría verle de nuevo, pero temo que eso sea difícil. Como el profesor ha dicho, durante nuestra estancia en el Yucatán, el trabajo no va a faltar precisamente.

—No se disculpe, señorita Henderson. Ha sido maravilloso conocerla. Entre tanta ruina, ha venido usted a recordarnos que la vida sigue…, a pesar de todo. Ya nos veremos de nuevo alguna vez.

Después estrechó la mano del profesor Wardo también. El hombre del traje blanco le despidió con su aterciopelada voz cordial, y Jan, el exótico, se limitó a inclinar la cabeza en silencio, siguiendo después a su compañero y a la muchacha. Los tres se perdieron entre las ruinas un momento mas tarde.

Mike Reagan se quedó largo rato pensativo. Después miro en torno suyo, disponiéndose a seguir fotografiando las ruinas. Pero cuando enfocó la cámara sobre el feo rostro de la deidad maya, evocó el rostro rubio y delicado de Luana Henderson.

Bajó la cámara, con un gesto hosco, miró al monstruoso ídolo de piedra y le hizo una mueca despectiva, alejándose también hacia el camino que descendía desde los hallazgos arqueológicos hacia la

ciudad de Mérida, extendida en el horizonte, a menos de seis o siete millas.

No encontró rastro de Luana ni de sus compañeros, a pesar de su premura. Sin duda tenían su coche particular esperándoles, y habían regresado a Mérida sin perder tiempo.

El optó por hacer lo mismo. Cruzó ante el autobús que tenía su salida cada media hora, y que aparecía repleto de turistas, nativos y visitantes de las ruinas, subió a su propio Cadillac y enfiló la carretera de la ciudad.

Detrás, como espectros azules, supervivientes de una raza extinta y de una civilización olvidada en la noche del Tiempo, quedaron aquellos restos del pasado.

* * *

Mike salió del edificio de Teléfonos. Había transmitido su crónica a la redacción de «Sight», y ahora llevaba en la mano un abultado sobre con las fotografías de las ruinas. Entró en el Palacio de Comunicaciones de Mérida y certificó por correo aéreo el envío, regresando al sol tórrido de las calles de Mérida.

Cruzó frente a un café, en cuya terraza se sentaban las gentes huyendo de los fuertes rayos del sol bajo los grandes toldos rayados. Eran viejas costumbres latinas que Mike conocía ya de sus estancias en Cuba, Puerto Rico, Méjico y otros lugares.

De pronto le sorprendió la voz que le interpeló a sus espaldas:

—¡Eh, señor Reagan!

Se detuvo, volviéndose hacia el punto donde sonaba la voz. Una figura se movió en uno de los veladores de la terraza. Captó su blanco traje y su jipi amarillo. Una mano gordezuela y amable le hizo señas.

Mike casi había olvidado al profesor Wardo, aunque no a su secretaria. Desgraciadamente, el tal profesor estaba solo ahora. Ni siquiera el filipino le acompañaba. Ante él, un alto vaso de empañada superficie mostraba su liquido ambarino, en el que bailaban unos cubitos de hielo.

—Sí, usted —continuó el hombre sentado en la terraza—. Venga, por favor.

Mike Reagan estrechó la mano del profesor, y a una indicación

suya tomó asiento en su mesa. Contempló con curiosidad el rostro cuadrangular y firme del extranjero.

—Espero que aún se recuerde de nuestro breve encuentro de ayer en las ruinas, ¿no es cierto, señor Reagan? —dijo Wardo, mirándole con afable intensidad.

—Por supuesto. No es fácil que lo olvide.

—Y no por mí, ¿verdad? —El sabio sonrió, comprensivo—. La señorita Henderson es una criatura encantadora, tengo que reconocerlo. Ahora estará enfrascada en su trabajo de clasificación del material obtenido en esta tierra del Yucatán, señor Reagan. Hemos venido a trabajar, no en plan turístico. Es natural que no perdamos el tiempo.

—Eso veo. ¿Es que tal vez se marchan pronto de aquí?

—Aún no lo sé, pero posiblemente mañana mismo —el acento de Wardo era levemente extraño. Podía ser germano, eslavo o cualquier cosa. Mike no era un políglota—. Por eso me agrada haberle visto hoy.

—¿A mí?

—Sí, a usted. ¿No me dijo que era periodista?

—En efecto, lo soy. Escribo tonterías sobre los mayas o sobre lo que me pidan. Para eso cobro. En mi tierra tengo cierta fama, y aún no sé por qué.

—Usted gusta de aparentar ignorancia y frivolidad, señor Reagan, pero posee inteligencia y conocimientos. Estoy seguro de ello. Y no acostumbro a equivocarme. No me está permitido cometer errores…, puesto que mi misión es investigar la vida.

—¿La vida? ¿Qué vida?

—Toda ella, en sus distintas y complejas manifestaciones, Reagan. Estudio civilizaciones, culturas y razas, sin distinción de tiempo o espacio. Creo que hasta en el último rincón del África salvaje, o en el corazón del Amazonas inexplorado, puede estar la clave de un sistema de vida, de una civilización muerta o extinguida, que revele secretos asombrosos a los hombres. Aquí tiene a los mayas, por ejemplo.

—Admito que sí. Pero ¿por qué le agrada haberme visto a mí? No tengo nada que ver con todo ello. Le juro que soy inocente de los progresos mayas y de su caída también.

—Es usted incorregible —sonrió el profesor Wardo—. Pero, a

pesar de todo, no es tan superficial como parece. Me gustaría charlar con usted, darle material para sus artículos. ¿Cree que podrá venir esta noche a mi residencia, a cenar conmigo?

—Pues… posiblemente sí. ¿Cenaremos solos usted y yo, profesor?

—Es probable que haya una tercera persona —brillaron maliciosos sus ojos.

—¡Entonces, aceptado! —aseveró con entusiasmo Mike.

—Sabía que le interesaba apasionadamente la arqueología —rió Wardo. Añadió—: Residimos en Cabo Progreso, sobre la costa. Encontrará fácilmente mi chalet. Es un edificio rojo, de techo color pizarra, situado en la loma que da cara al mar, encima de los arrecifes. No abandone la carretera general de Progreso, y encontrará el lugar en seguida.

—Descuide. Lo hallaría aunque estuviera bajo tierra… ¿Es buena hora las seis?

—Demasiado pronto para cenar. Pero es una hora excelente para charlar con cierta personita…

Mike rió, inclinándose sobre el velador.

—A usted tampoco se le escapa nada, ¿eh, profesor? —comentó, con ironía.

CAPÍTULO II

CENA PARA TRES



s una, vista, maravillosa —asintió Mike, asomado en el balcón natural que formaba la terraza del chalet sobre la costa. Abajo el golfo de Méjico, inmenso y espejeante a la luz de una blanca y redonda luna, se estrellaba formando espuma de plata entre los arrecifes—. Todo es aquí maravilloso…

—Creí que no sabía ver otra poesía que la de sus artículos periodísticos —rió Luana Henderson, apartándose de la barandilla cuajada de enredaderas. Su traje de noche, ceñido en el busto y cintura, amplio, en las faldas, de un azul limpio, capaz de emular al de la noche misma, le realzaba más aún su rubia y delicada belleza. Miró pensativa al joven corresponsal—. Un hombre que no se impresiona ante aquellas ruinas, no es capaz de ver la belleza de este paisaje.

—Yo no me refería al paisaje. Hablaba de usted…

—Jamás cambiará, Reagan —dijo ella, mirándole con reproche —. ¿Cómo sé si habla en serio y es entonces un petimetre superficial, o bien es mucho más inteligente de lo que quiere dar a entender, y goza burlándose de los demás?

—Yo nunca me burlaría de usted, señorita Henderson.

—Llámeme Luana. Me gusta más.

—Y a mí Mike. Es como me llaman mis amigos. Y nosotros somos amigos, ¿no?

—Viejos amigos —rió ella de buena gana.

—Celebro que su amistad progrese tan rápidamente —dijo desde la puerta corrediza de la galería el profesor Wardo, impecable con su «*smoking*» blanco—. La cena aguarda, señores.

Los dos jóvenes entraron en la vivienda. Un filipino o hawaiano, muy parecido a Jan, pasó con un cubo plateado lleno de hielo, del que emergía una botella de champaña.

—Es Duk —explicó Wardo viendo la mirada curiosa de Mike—. Hermano de Jan. Ambos son toda mi servidumbre…

Asintió Mike, y los tres pasaron al comedor, dispuesto frente a la prolongación en ángulo de la galería. Luces tamizadas y muebles sencillos y claros, entonaban en la fresca decoración del lugar.

Una mesa bien servida les aguardaba, y un aparato de radio transmitía suave música bailable. El profesor se sentó a la cabecera de la mesa, y Mike y Luana pudieron estar cerca el uno del otro.

Fue una cena exquisita e inolvidable. Aquel condenado profesor parecía ser un soberbio «*gourmet*», pensó Reagan al ponerse en pie tras el fuerte café solo y la copa de licor, aspirando el humo de su cigarrillo turco.

—Saldremos a charlar en la terraza, ¿no les parece? —dijo el profesor Wardo—. Después le llevare a mi gabinete de estudio y podrá escoger el material que desee para su periódico.

Se detuvieron a la salida del comedor, porque la radio cesó de dar música bailable y un locutor transmitió el boletín de noticias de la noche, en castellano e inglés. Entre las informaciones dadas, mencionó la desaparición de un avión con su piloto, sobre las costas del Yucatán. Wardo comentó superficialmente:

—Siempre desaparece algún avión.

—Y algún nativo —dijo Luana, pensativa—. Anoche dieron la

desaparición de un pastor indio por estos parajes, ¿recuerda?

—Oh, sí, es cierto… Evidentemente, los aviadores y los indios se extravían con facilidad…, con excesiva facilidad.

Regresaron a la terraza. Sin saber por qué, Mike experimentó la sensación de que algo había enfriado la cordialidad del ambiente. Y no era porque Wardo hubiese cambiado en absoluto. Más bien era Luana quien mostraba un aire abstraído y una expresión lejana, meditativa.

—¿En qué piensa, amiga mía? —preguntó con amabilidad el sabio.

—¿Yo? —Era evidente que Luana se había sobresaltado al ser interrogada. Hizo un gesto vago y rehuyó la mirada de sus compañeros—. ¡Oh, en nada! Estaba diciéndome lo maravillosa que es la vida en este mundo, cuando se siente la plenitud de la existencia.

—Habla usted como si perteneciera a un mundo distinto y le sorprendiera la belleza de éste —comentó Mike, divertido—. ¿Es que ha caído del cielo?

Luana le miró, con expresión perpleja. Wardo también estudió al periodista con ojos penetrantes, como sí le sorprendiese su comentario. Luana Henderson fue la primera en reaccionar, respondiendo alegremente:

—¡Qué tontería! Nadie es de otro mundo diferente, excepto el que se ha creado dentro de sí y en sus sueños, Mike.

—A ése me refería, naturalmente —repuso el joven periodista.

—Bien, dejemos de comentar vaguedades, si le parece bien, Reagan —intervino afablemente Wardo—. Hemos de hablar sobre los mayas y todo lo demás, para que usted pueda enviar su artículo a la revista. Si lo desea, mientras usted me escucha, la señorita Henderson puede ir copiando en taquigrafía mis referencias, y después pasarlas en limpio, para que aproveche de ellas cuanto desee. No es buena cosa confiar exclusivamente en la memoria…

—Oh, no tiene que molestarse la señorita Henderson —sonrió Mike—. Soy un taquígrafo aceptable, y creo que podré seguir el hilo de su charla, profesor.

—Entonces, tanto mejor. ¿Usted tiene interés en escucharnos, señorita Henderson?

Luana vaciló un momento, mirando a su jefe. Por último, asintió

con la cabeza.

—Si, por favor —dijo—. Espero que no les moleste…

—Nada de eso, criatura —aseguró Wardo, con amplia sonrisa—. Sabe usted que es siempre grata su presencia… especialmente al señor Reagan, ¿no es cierto?

Mike asintió, algo aturdido, y Luana enrojeció levemente. Pero Wardo, con la típica indiferencia de los sabios, se despreocupó del efecto de sus palabras, y sentándose en una butaca de mimbres, ofreció cigarrillos a Mike y Luana, que aceptaron. Arrojando nubecillas de humo por su nariz, levantó los ojos al firmamento estrellado y empezó:

—Siempre me ha fascinado estudiar la vida, Reagan. La vida en todas sus diversas y complejas manifestaciones. No soy como el biólogo que disecciona en busca de los secretos de la vida, sino una especie de curioso que gustaría levantar la cortina del Tiempo y otear el pasado, ver cómo fue la raza humana, cómo se vivió y evolucionó sobre nuestro mundo. Es éste tan viejo, que la vida orgánica se remonta a miles de siglos. Han pasado grandes civilizaciones: Babilonia, Egipto, China, Grecia, Roma… los Mayas, los Aztecas, los Incas… la misma Atlántida fabulosa y discutida. Fueron épocas resplandecientes de la Humanidad. Algunas están lo bastante cerca como para saber de ellas lo fundamental. Otras, en cambio, se pierden en la noche del Tiempo. ¿De que fueron capaces los Mayas, los Aztecas, los mismos atlantes, si existieron en realidad? Posiblemente nos sorprendería saberlo. Fueron grandes físicos, matemáticos, arquitectos geniales y creadores prodigiosos. Dominaban la Astronomía, la Navegación; la Ciencia tal vez no tenía para ellos tantos secretos como para nosotros…

—Evidentemente, así es —admitió Mike—. Casi está comprobado, profesor…

—Casi está comprobado. Eso dice usted, pero para mí… —Se inclinó hacia él, brillándole los ojos tras las gafas—. ¡Para mi está *comprobado*, Reagan!

—¿De veras? ¿En qué basa su seguridad? ¿En esas viejas ruinas, por ejemplo?

—Es una razón. No las ruinas, no lo que en si son o representan… sino los textos, los signos grabados en la piedra milenaria, por una civilización muerta.

—¿Quiere decir que usted ha leído los símbolos gráficos mayas? —Mike se mostró escéptico—. Profesor, tenía entendido que algunos de los secretos mayas son desconocidos para nosotros aun hoy en día. Por ejemplo, su método de confeccionar el papel, ciertas aleaciones y materias, su lenguaje gráfico… Si nadie es capaz de leer los signos mayas en la actualidad, ¿cómo es posible que usted lo haga?

—He dado con la clave, sencillamente —manifestó, muy sereno, Wardo—. Cada lenguaje, por extraño que parezca, posee su clave fácil y comprensible. El secreto consiste en dar con ella. Yo me he especializado en estudiar la vida misma, mi querido amigo, y el lenguaje escrito o hablado, forma parte de esa vida. Leo el árabe, el sánscrito, el hebreo, el inca, el viejo simbolismo egipcio, los caracteres del Japón y de China… También he podido descifrar la lengua maya y algunos de sus curiosos jeroglíficos murales. Vea, Mike… esto puede ser «un reportaje sensacional», el primero sobre la verdad Maya.

Estaba sacando algo de su bolsillo. Mike vio brillar la cartulina de varias fotografías en color, de tamaño postal. Le detuvo con un ademán repentino.

—Espere, profesor. Si esto es realmente positivo, sería sensacional, como usted dice. Pero entonces, ¿por qué me ha elegido a mí para revelarme sus descubrimientos? ¿Por qué no a otro, por qué no escribir usted un libro o unos artículos? Le darían millones. Y yo temo que no pueda sacar gran cosa de mi revista…

Wardo rió. Era la risa despectiva de un hombre que da de lado a todo eso.

—Mi querido Reagan, no sufra por eso. El dinero no me importa, acaso porque me sobra. Quiero ser rico en conocimientos, deseo «saber», siempre «saber»… y dar a los demás mi sabiduría, pobre e insignificante. Mire esas fotografías, Reagan. Las tres de encima…

Mike las estudió largamente en silencio. Eran reproducciones a color de bajorrelieves y tallas murales. Había figurillas, signos complicados y cifras raras, mezcladas sobre la piedra de siglos. Alzó sus excitados ojos hacia Wardo.

—¿Usted puede leer esto? —preguntó, asombrado.

—Sí, Reagan. —Wardo reía de su asombro—. Está claro, diáfano… y resulta tan increíble a la vez… Permítame que se lo lea,

palabra por palabra…

Recuperó las fotografías. Mike miró de reojo a Luana. La joven parecía tan asombrada como él mismo, fija la vista en Wardo. El profesor empezó a recitar, leyendo:

> «Venturoso día el de mañana, en que la profecía se cumplirá, y los hombres que han de sobrevivir a la ruina y muerte de nuestra raza, subirán a las alturas infinitas de los astros. El futuro, los seres que nos preceden después, si es cierto que vamos a extinguirnos conforme al Oráculo, podrán leer aquí, en estas piedras que nos sobrevivirán, la historia de los que no quisieron permanecer en el suelo y tomaron alas para subir como el pájaro altivo hacia las cumbres…».

Wardo cesó de leer. Pasó otra fotografía, en tanto que miraba a Mike.

—¿Se da cuenta, Reagan? Es lenguaje casi poético, pero claro y definido. Esto es aún más contundente, y lo he recogido en otro grabado situado bajo el anterior. Escuche: «No sobrevivirán nuestros libros ni nuestros documentos a la muerte del Imperio Maya. Pero sí la piedra, que es el más duro y viejo papel de los tiempos. Por eso en estas piedras dejamos constancia al Hombre Futuro, de que sus mayores ambiciones y afanes, en el transcurso de los siglos, serán las que nos iluminaron a nosotros para seguir avanzando. Hoy, poco es lo que ignoramos. Mañana, será menos aún, porque los que han partido en la nave de los cielos, encontrarán las estrellas en su camino y alcanzarán la meta de su gran ambición».

Hubo una nueva pausa, en tanto que Wardo dejaba a un lado la segunda fotografía. Mike se dijo que tenía que saber de memoria el texto para recitarlo de una manera tan perfecta. No era humanamente posible leer el lenguaje Maya con tal rapidez.

—Ahora queda la más breve y clara de las tres inscripciones —dijo Wardo, centelleando sus claras pupilas tras los lentes. Agitó la tercera cartulina y concluyó, rotunda y dramáticamente, sin

siquiera mirarla—. Dice esto, Reagan:

> «Nuestros hermanos han alcanzado su destino. Ahora nos miran desde una lejana estrella. Allí sabrán crear un mundo nuevo… y perdurará la civilización de nuestra raza en lejanos mundos».

Tras eso el silencio fue dramático. Mike Reagan, instintivamente, levantó los ojos al cielo. Miró aprensivamente a las parpadeantes estrellas lejanas. Y brincó en su silla, mascullando:

—¡Absurdo! ¡Completamente imposible! Según esos textos… los Mayas **lograron viajar per el espació, alcanzar otros planetas…**

—Exacto, mi querido amigo —dijo, calmoso, Wardo—. Desprovistos esos jeroglíficos de su poesía eso es lo que nos queda, cruda y sencillamente…

* * *

—¿Impresionado aún, Mike? —preguntó irónicamente Luana.

—¿Y quién no? —dijo el periodista, volviendo su rostro hacia la muchacha. Estaban solos en la terraza, frente al mar, la noche silenciosa y las centelleantes estrellas.

—Jamás oí semejante sarta de disparates. ¡Los Mayas en la Luna o en Marte! Suena a novela barata, Luana.

—Sí. Repetido ahora, entre nosotros dos, parece sonar así —admitió ella sombría, apoyando sus brazos en la barandilla, y sobre ellos su mentón—. Pero no me lo pareció cuando él lo dijo. Es siempre tan severo, tan seguro de sí mismo y de lo que dice… No parece equivocarse jamás. No bromea ni dice tonterías…

—Pues ésa lo es, y de las grandes, Luana —aseguró Mike—. A propósito, ¿hace mucho, tiempo que trabaja usted para ese patrón?

—Oh, no. Apenas un par de meses. Me contrató en Puerto Rico, donde había servido de secretaria con un diplomático de nuestro país. Sus condiciones fueron buenas y acepté.

—¿Y sabe de dónde diablos es el profesor Wardo?

—Su pasaporte es austríaco, aunque él no me parece que lo sea. La verdad es que es un hombre que me intriga y me desconcierta…

casi tanto como sus dos servidores.

—¿Los filipinos? ¿Es que no los ha contratado aquí, en el Yucatán?

—Oh, no. Iban ya con él en Puerto Rico. Como dos inseparables escuderos. Jamás hablan más de dos palabras seguidas. Y ni siquiera creo que sean filipinos.

—Un misterio completo, ¿eh? Y por partida triple…

Luana Henderson miró de pronto en torno suyo, con aire receloso y hablo en voz baja:

—No se lo diga a nadie, Mike, pero lo cierto que a veces… a veces siento miedo…

—¿Miedo? —Reagan enarco las cejas, endureciendo la expresión de sus facciones—. ¿De quién?

—Si lo supiera… Es un temor indefinible, nada concreto…

—¿Le teme a Wardo? ¿Le ha dado motivos para estar asustada de él? Porque si es así, yo puedo sacarla de esta casa en el acto. Y que se atreva el o uno de sus macacos amarillos a impedirlo y sabrán lo que es bueno.

—No, no, por favor —ella puso una mano en su brazo, cortando su chorro de agresividad—. No es eso, Mike. Nadie me amenaza ni me hace daño. Soy dueña de mi voluntad y de mis actos. El miedo es algo más sutil e incongruente. Temo… temo lo que merodea, como si hubiera algo que no entendiese, algo siniestro e invisible, acechándome en cualquier parte… en esta misma terraza, por ejemplo… ¿Ve? Ahora mismo tiemblo, y no sé por qué…

Vivamente, Mike Reagan giró sobre sí mismo, encarándose con la galería corrida. Luana le imitó, con sobresalto, al captar el endurecimiento su gesto. Jan, el servidor de facciones asiáticas, estaba allí, rígido y silencioso. Miraba con intensidad a Luana, que evidentemente hizo un esfuerzo para no gritar.

—¿Qué quieres? —preguntó con áspero tono Mike, dando un paso hacia él.

—Perdone, señor… —musitó afablemente el criado, inclinándose—. Creí que estaba con ustedes el profesor Wardo… Dispénsenme…

Y mansamente, desapareció en el interior de la casa, sin hacer ruido.

Mike y Luana cambiaron una rápida mirada entre sí.

—Empiezo a entender lo que le asusta —dije sordamente, apretando las mandíbulas—. ¿Se siente vigilada aun cuando no hay nadie alrededor suyo?

—Pues… sí, es una de mis sensaciones. Es una tontería, lo sé.

—No, no es ninguna tontería. Yo he sentido lo mismo poco antes de aparecer ahí ese filipino o lo que sea. Y entonces *no había nadie* a la vista. Escuche, Luana, ¿es muy misterioso el profesor Wardo?

—Oh, no. Es un ser completamente normal. Inteligente, agudo y cerebral, usted ha podido verlo. Sociable y correcto también, jamás se descompone… Bueno, casi nunca… —rectificó sobre la marcha.

—¿Qué quiere decir con eso? —Mike la estudió con aire de intriga.

—Nada de particular. He recordado que una vez se irritó conmigo mucho, cuando estuve a punto de cometer un error y abrir una puerta en vez de otra. Me había enviado al gabinete donde guarda el material de investigación, para recoger unas cosas, y para ello me entregó su llavero, que casi nunca abandona. Yo me paré ante la puerta, busqué la llave y di con la que abría aquella cerradura. Entonces, un grito descompuesto me asustó, al punto de soltar las llaves y retroceder. Wardo venía a todo correr, lívido y con expresión furiosa. Entonces me di cuenta de que había confundido la puerta del almacén con la de la habitación contigua, y me disculpé por ello. Pero siguió jurando en un idioma extraño, muy alterado y me echó con airado gesto, haciendo él en persona lo que me había encargado. Nunca más le vi así, y luego se disculpó conmigo.

—Es curioso. Y todo por equivocar el almacén por… ¿Qué utilidad tiene ese cuarto contiguo, Luana?

—No lo sé.

—¿Qué? —El joven la estudió, incrédulo—. ¿Qué es lo que ha dicho?

—Que no lo sé.

—¿Es posible? ¿No ha entrado usted nunca en él, no tiene al menos una idea de…?

—No sé nada de nada sobre esa estancia, cuya puerta nadie ha abierto en los dos meses de trabajos que llevamos en esta casa. Vinimos directamente desde Puerto Rico, descubriendo que ya entonces tenía alquilada la residencia. Pero nunca supe lo que

guarda ahí tan celosamente. Un día, me pareció ver salir de allí a Duk, el otro criado, pero no estoy segura de ello…

—Todo esto es muy raro, Luana. Quisiera ayudarla, pero no se me ocurre otro medio que rogándole deje esta casa, y con ella su trabajo. Tal vez pueda proporcionarle un empleo en mi periódico.

—No, Mike, gracias —ella le oprimió el brazo con sus dedos firmes, y le sonrió deliciosamente—. Le agradezco mucho su interés, pero no temo nada. Son aprensiones vagas, y por otro lado mi jefe es un hombre encantador. No estaría bien desertar ahora, Mike.

En aquel momento se acercó un blando rumor de pasos sobre la alfombra de la sala. Wardo reapareció ante ellos. Traía en sus manos un sobre abultado, que tendió a Mike.

—Tome, Reagan. Fotografías para su revista, Informó sonriente. —He seleccionado las mejores. Puede publicar con absoluta impunidad la traducción que le he hecho de esos textos. Hay otros muchos aspectos de la vida social, artística y científica que hizo de los Mayas la más gigantesca de las civilizaciones, pero no interesarán tanto como eso a sus lectores yanquis, que tanto fijan hoy su vista en los espacios. Tal vez nos reduzca un poco la soberbia de haber logrado algo con esos infantiles progresos de los llamados «satélites artificiales», el saber que cientos de siglos atrás, otros seres pudieren llegar mucho más lejos…

—Si eso es cierto, profesor Wardo, será una revolución —admitió Mike—. ¿Pero aceptarán mi palabra? Piense que la lengua maya se desconoce casi en absoluto. No tengo pruebas para demostrar a nadie que esos textos dicen, *realmente*, lo que usted citó.

—Amigo mío, el nombre del profesor Wardo es famoso en el mundo entero —dio él—. No tiene más que citar mi nombre, y bastará por sí solo…

—Bien, profesor. No sé cómo expresarle lo agradecido que le estoy. ¿Nos veremos todavía alguna vez más?

—No lo sé. Es posible que salga del Yucatán pronto. De todos modos, algún día volveremos a vernos, Reagan. Alguna vez regresaré aquí… —Y sonrió extrañamente.

—Creo que ya va siendo hora de que regrese —dijo Mike, consultando su reloj—. Es tarde, y necesitarán descansar…

—Oh, no se preocupe por nosotros, Reagan —sonrió Wardo—.

Puede seguir charlando con su buena amiga y compatriota, la señorita Henderson.

—Me temo que entonces las horas pasarían demasiado rápidas, sin darnos cuenta. Mañana trataré de verles en las ruinas. Espero que si se marchan antes de lo previsto, me telefoneen comunicándomelo para acudir a despedirles.

—Aquí no tenemos teléfono, señor Reagan. De todos modos, prometo informarle de nuestra marcha, aunque particularmente me disgustan las despedidas.

Habían abandonado la terraza. Silenciosamente, apareció Jan, conduciéndoles hacia la salida. Wardo pareció recordar algo y preguntó a su criado:

—¿Está arreglado ya el coche, Jan?

—Me temo que hasta mañana no será posible, señor. Duk trabaja activamente en ello, pero la avería es seria.

Siguieron andando hasta la salida de la residencia. Mike se encaminó al coche, tras estrechar la mano de Wardo y despedirse de él con gratitud y cordialidad. Luana fue con él hasta la portezuela, y de pronto le dijo impulsivamente:

—No sé, Mike, pero tengo la sensación de que voy a sentirme muy sola sin usted. Es… como perder un amigo, un aliado… y quedar abandonada.

—Vamos, Luana, no sea tan imaginativa —sonrió Mike—. Wardo me produce la impresión de un tipo extraño, pero inteligente y normal. No tema nada. Mañana nos veremos.

—A veces me pregunto si el mañana existe —dijo suavemente la muchacha.

Reagan la miró, sorprendido. Oprimió entre las suyas su mano fría y tersa, y dijo:

—Bien, Luana. Para nosotros existirá. No lo dude. ¿Hasta mañana, pues?

—Hasta mañana —dijo tras una larga pausa. E impulsivamente se inclinó, besando sus labios con rapidez, y alejándose hacia la casa.

Mike, harto sorprendido, se tocó la boca con la punta de los dedos, contempló la figura azul, con su rubia melena ondulando al aire frío de la noche, y más allá la expresión entre benévola y burlona de Wardo. Rápidamente, subió a su coche y lo puso en

marcha.

La residencia de Wardo quedó atrás. Con ella, Luana Henderson, desamparada en medio de sus innegables temores. Mike enfiló la carretera de Mérida, sin mirar atrás.

CAPÍTULO III

LA PUERTA



l, nuevo día le hizo recordar a Mike Reagan los temores de Luana Henderson, en aquella terraza bañada por la luna y asomada al Golfo de Méjico, como una absurda manifestación histérica, natural en una muchacha que ha crecido sola y sola trabaja por el mundo, dependiendo siempre un poco de los demás, sin nadie al lado en quien depositar su confianza.

Después del almuerzo, Mike despachó las fotografías, acompañadas de una amplia crónica, fácil y rápidamente mecanografiada en su portátil, ante la ventana abierta del hotel, con Mérida dormida bajo el sol, en la típica siesta mejicana.

Hablaba en el artículo del profesor Wardo y su personalidad en el estudio de la existencia humana. Resaltaba el hecho de que tal vez fuera la primera persona en el mundo capaz de leer y traducir

sin dificultades el lenguaje maya, incluso en sus giros poéticos. Terminaba preguntándose si aquello, el asombroso relato maya de siglos y siglos de existencia, sería cierto. Si habría seres del imperio maya viviendo allá, en mundos lejanos y remotos, a los que la civilización moderna empezaba ahora a soñar en alcanzar en un problemático futuro.

Casi sintió liberadas sus manos de un gran peso, cuando el sobre con sus fotografías y su artículo partieron con rumbo a la redacción de «Sight». Regresó dando un paseo por las soleadas y desiertas calles de Mérida. Buscaba la sombra en los porches, típicamente mejicanos. Del interior de algunas tabernas salían notas ruidosas de pianola o de tocadiscos. Pero aparte de eso, la siesta parecía general en la ciudad.

Se detuvo, con cierta perplejidad, ante el edificio de piedra donde se leía, en perfecto español: «Biblioteca Pública». Sin saber por qué, sus pasos le condujeron allí. Entró en el lugar, sumido en una penumbra fresca y acogedora. Un somnoliento empleado mejicano le mostró el fichero, dándole a entender, entre un gesto y un bostezo, que podía elegir el libro que quisiera, y examinarlo libremente en la sala de lectura, rotulada al fondo.

Mike obraba como impulsado por una vaga voluntad ajena. Sabía lo que quería y lo que buscaba, pero no la razón de todo ello. Eligió el «Quién es Quién», en su edición más moderna y completa. Existía el original en inglés, y lo tomó del estante donde correspondía a la numeración del catálogo general. Con el grueso tomo en sus manos, entró en la sala de lectura. Era el único lector. En el techo, dos aspas de ventiladores eléctricos giraban, como contagiadas de la pereza ambiente. Mike se secó el sudor que empapaba su rostro, se desprendió de su blanca chaqueta de hilo, que dejó sobre el respaldo de una silla, y abrió el
«Who’s
Who» por el apartado de la letra W.

Encontró el apartado que buscaba:

> «Wardo, Profesor Franz. —Nacido en Klagenfurt, Austria, en 1886. Notable filólogo e investigador de las civilizaciones muertas o extinguidas de nuestro mundo. Verdadero perito en las materias arqueológicas más

> complejas y distintas. Son famosas sus expediciones a Egipto, Mesopotamia, Grecia, China y el Tíbet, entre otras muchas de notables descubrimientos sobre la raza humana y su pasado. Víctima de un terrible accidente en Brasil, quedó totalmente ciego. Poco después de esta desgracia, en el año 1952, falleció víctima de unas fiebres, cuando viajaba por tierras peruanas. Con él la Ciencia ha perdido a uno de los mejores investigadores modernos».
>
> FALLECIÓ VÍCTIMA DE UNAS FIEBRES, CUANDO VIAJABA POR TIERRAS PERUANAS…
>
> FALLECIÓ… ¡FALLECIÓ!

Tuvo que repetirse a sí mismo la palabra cuatro o cinco veces, hasta encontrarle sentido. Y aun entonces se dijo que no era posible. Que tenía que ser «otro» Wardo. Pero no. No había otro en el «Quién es Quién». No había más que él. Austríaco, filólogo, notable investigador de la antigüedad, arqueólogo famoso… Y HABÍA MUERTO.

Salió de la Biblioteca Pública como un sonámbulo, deambulando bajo el tórrido sol del trópico sin importarle el calor ni la pesadez de la hora. Si no había más que un profesor Franz Wardo en el mundo, ése había muerto años atrás, ¿quién era aquel otro, el jefe de Luana Henderson?

Resuelto a dar con la explicación de aquel misterio o, todo lo más, de aquella fantástica coincidencia, se apresuró a llegar al garaje de su hotel, subió a su coche y emprendió la marcha sin preguntar nada a nadie ni decir a dónde iba.

Enfiló la carretera de Progreso, subió las rampas empinadas, que el sol abatía con su terrible fuerza. El suelo, bajo las llantas, parecía arder. Hervía el asfalto, la tierra, humeaban los hierbajos, y el mar aparecía velado por las ondulantes evaporaciones del suelo caliginoso.

Cuando avistó el chalet en la altura, dominando el golfo mejicano, respiró con cierto alivio. Por un momento había temido

no encontrarlo allí, verse ante un nuevo espectro que desapareciese, como el propio profesor Wardo…

Aceleró la marcha, pese a subir una pronunciada pendiente, y el sol calentaba ya mucho menos cuando alcanzó la cima. Frenó el automóvil, saltó a tierra y corrió hacia el edificio.

Éste tenía una indescriptible y desoladora sensación de abandono. No se apreciaba signo alguno de vida en derredor, También la puerta entreabierta del anexo destinado a garaje, producía sensación de salida precipitada, de ausencia imprevista y rápida. Sin embargo, una bocanada de aire escapo, aliviada, de su pecho, cuando vio dentro un rojo coche, descapotable, síntoma inequívoco de que nadie había abandonado la residencia.

Salió lenta y cansadamente al claro. Se reprochaba a sí mismo su exceso de suspicacia, su torpe temor de que todo hubiera sido un engaño o una fantasía. ¿Por qué iba nadie a engañarle a él? ¿Qué podía ganar Wardo con engañarle, si nada había pedido a cambio de sus informes, verídicos o no? ¿Quién era él, para que tuvieran que mentirle y fingir en su honor un cúmulo de falsedades?

Miró la puerta cerrada, las ventanas herméticamente atrancadas. Dentro Wardo y sus silenciosos criados, así como Luana, seguirían su vida normal. Aún no se habían ausentado, el coche lo demostraba así.

Rodeó la casa, perplejo, sin saber si volverse a Mérida o entrar en el edificio, pretextando una visita de cortesía. Después de todo, experimentaba vivos deseos de ver a Luana, de despedirse de ella una vez más. Recordando su beso de la noche anterior, ese deseo se hacía más acuciante aún.

Al enfrentarse con el muro posterior de la vivienda, distinguió una galería inferior, situada exactamente bajo la terracita superior donde charlara la noche antes con Luana. «Temo lo que me rodea, como si hubiera algo siniestro e invisible, acechándome en cualquier parte…», había dicho ella. Y Mike casi comprendía ahora sus temores. Esa misma intangible amenaza parecía cernerse en estos momentos sobre la casa silenciosa. El propio silencio de la hora de la siesta perdía su aire abúlico y perezoso, para tornarse lúgubre, dramático, como el que puede rodear a un muerto.

Se acercó a la galería encristalada. Miró a través de sus vidrios, puesto que las cortinillas estaban recogidas a ambos lados. No vio

ni distinguió nada. Todo en penumbra, silencioso y desierto. Pero normal, apacible.

Iba a apartarse cuando perdió ligeramente el equilibrio y apoyó su mano en uno de los marcos de metal de la galería. Ésta, muy bien engrasada, se deslizó sobre la vía inferior y superior, entreabriéndose ligeramente. Mike se quedó quieto, perplejo. No tenía nada de particular que la galería se abriese. Pero de repente había experimentado la sensación de que la casa le abría sus puertas invitadoras, como un colosal dragón abriría sus fauces para engullirlo.

Se rió de sí mismo. Volvió a enjugarse el sudor con un pañuelo y, siempre con su americana de hilo bajo el brazo, empujó algo más la galería. Se abrió una hoja encristalada. Entró.

Cruzó el saloncito. Era sorprendente la reducida dimensión de las habitaciones de aquella casa, habida cuenta de su considerable tamaño. Enfilo un corredor alfombrado, el mismo que la noche antes recorriera al llegar y al marcharse. Llamó sonoramente:

—¡Profesor Wardo! ¡Profesor Wardo!

Su voz resonó dentro del edificio con sonoridades huecas. Nadie respondió, no hubo señales de vida. Entonces volvió a llamar, esta vez a diferente persona:

—¡Luana! ¡Luana! ¿Está usted aquí?

Silencio otra vez.

Mike Reagan respiró hondo. La presencia del coche en el garaje parecía indicar que estaban aún en la casa. Además nadie se marcha dejando las entradas accesibles.

Alcanzó la escalera y se dispuso a subirla para buscar en el piso superior. Pero se detuvo, con la mano sobre el pomo de la barandilla, clavada la mirada en el corredor que partía del salón hacia el fondo de la casa.

Era un corredor que sólo mostraba dos puertas, en un mismo muro. Ambas iguales, blancas y lisas. En una de ellas había un rótulo indicando:

«ALMACÉN DE MATERIAL».

¿Qué le traía aquello a la memoria?

Recordó súbitamente la historia de Luana sobre el disgusto de Wardo al advertir que se confundía de puerta. Había muchas cosas

oscuras en el profesor. Lenta y mecánicamente avanzó hacia la puerta, como si le atrajera de forma absorbente.

Cuando se detuvo frente a ella, se dijo si se habría equivocado, porque la puerta estaba entornada. Nada de misterioso había en ella. No estaba cerrada, sino accesible también. Cabía la posibilidad de que hubiera otro almacén en la casa y, por ende, otra puerta… o que realmente Wardo y sus colaboradores se hubiesen marchado, dejando la misteriosa estancia desprovista de todo enigma, al sacar lo que pudiera contener.

Lentamente empujó la hoja de madera blanca, bruñida. Ésta rechinó ligeramente sobre sus goznes, al moverse hacia atrás, muy lenta…

Mike Reagan profirió una sorda exclamación de estupor ante lo que veían sus ojos.

Esperaba cualquier cosa menos… menos «aquello». Cierto que eso explicaba las dimensiones reducidas de muchas de las estancias, ya que se había ganado todo el terreno posible para aquella especie de pabellón o nave, encristalada a la altura del tejado del edificio, con una gran claraboya de cristales azules, que difundían una claridad lívida dentro de la rectangular y altísima nave, semejante a un «plato» cinematográfico o un colosal escenario vacío.

¿Vacío? No, aquello no estaba vacío…

Mike dudó primero si sería una extraña canoa motora, un automóvil de carreras de original diseño, o cosa similar. Sin embargo, a medida que avanzaba, con paso lento y asombrado, hacia el centro de la vasta sala, en la que el objeto reposaba sobre una especie de tinglado metálico de unos dos metros de altura, su estupor creció de punto.

Porque no había canoa, coche ni vehículo alguno en el mundo que tuviera forma circular. Acaso no fuera totalmente circular, por una ligera línea oval de su longitud, pero apenas si era perceptible eso. Aquel cuerpo metálico, bruñido, de un vivo e intenso color rojo, era un perfecto círculo para cualquier observador superficial.

Un círculo de unos diez o doce metros de diámetro, por casi cuatro de altura, en forma extraña, como la que podrían tener dos platos de mesa unidos por su parte ancha, y dejando sus bases a ambos lados.

La idea resultaba cómica, pero Mike Reagan pensó en el acto en

uno de los famosos platillos volantes que los histéricos aseguraban ver a menudo en todas las partes del mundo. Si los platillos existían en alguna parte, tenían que tener esta misma forma.

Carecía de ventanas o visores de su interior, así como de aberturas, puertas o cualquier otro hueco visible. Era una perfecta y homogénea forma sólida, de brillo y apariencia metálicos, roja y gigante, erguida allí, sobre su soporte de entramado de hierro.

¿Qué podía hacer allí, y para qué tenía el profesor Wardo semejante artefacto?

Se encontró pegado al soporte y su sorprendente cuerpo circular, examinándolo atentamente. Levantó la mano, hasta que la punta de sus dedos rozaron el rojo metal.

No le resultaba familiar. Parecía poseer una tersura y corporeidad algo anómalas. Posiblemente fuera una aleación especial, Mike no sabía mucho de metales.

Súbitamente, Mike se estremeció, mirando fijamente la superficie de rojo metal. ¿Era posible aquello?, se preguntó, asombrado, echándose instintivamente atrás.

¡Se estaba abriendo una puerta corrediza, invisible hasta entonces, en el fuselaje o carrocería de aquel extraño artefacto!

Mike Reagan permaneció rígido, presenciando la apertura de aquel agujero oscuro, de forma rectangular, curvado, sobre el rojo metal del círculo. Luego enarcó las cejas al advertir que su oscuridad interior se diluía al aparecer una luminosidad verdosa en el fondo de la abertura que, sin un solo ruido, terminó de abrirse entonces.

Sin avergonzarse por ello, en aquel preciso instante experimentó el acuciante afán de dar media vuelta y echar a correr, huir de aquel fantasmal e incongruente lugar en el que nada se le había perdido, y sí, acaso, pudiera encontrar un desagradable incidente.

Volvió los ojos a la puerta de salida. Seguía abierta, como él la dejó.

Tal vez por eso mismo no huyó, no se precipitó a la salida para desentenderse de la aventura por completo. Tenía opción aún. Dos puertas ante sí: una de ellas, era la que le devolvería a su vida y a la cotidiana realidad. La otra, aquella luminosidad verde del interior del artefacto… ¿adónde conducía?

Era lo desconocido, lo incógnito aún. Pero recordó a Luana,

rubia delicada y hermosa, bajo la luna del Golfo de Méjico, apenas doce horas antes. Recordó sus palabras extrañas y como proféticas, al despedirse: «A veces me pregunto si el mañana existe».

Mike tuvo conciencia exacta, en aquel dudar entre las dos puertas, de que allí se dilucidaba su destino. Y el destino de Luana Henderson tal vez. Volver a Mérida, al sol caliginoso y áspero del Yucatán, era renunciar a ella para siempre. Seguir adelante, penetrar en aquel plato rojo de metal… podía ser el mañana que citó Luana.

Y sin vacilar un momento, Mike Reagan se aferró a las traviesas horizontales del soporte, se aupó con sus elásticos músculos, sin ninguna dificultad. Brincó, hasta poner sus pies en el borde de la abertura rectangular. Soltó la traviesa, afirmando su equilibrio, miró al interior, sin ver otra cosa que la luminescencia verde… y entró.

HABÍA CRUZADO LA PUERTA.

CAPÍTULO IV

VIAJE A LO DESCONOCIDO


ike, infantilmente tal vez, evocó una lectura de su infancia: «El Mago de Oz». Como en la fantástica aventura del cuento inolvidable, una luz verde, una atmósfera que parecía igualmente teñida de los más puros tonos esmeralda, le envolvió por completo.

No vio muebles, instrumentos, maquinaria ni nada parecido. Era una cabina muy reducida, no mayor que la delantera de un avión, pero desprovista de instrumentos, de asientos, de todo lo que diera una orientación sobre el propósito de aquel objeto.

Las paredes, vitrificadas, despedían el verde resplandor con intensidad, pero también suavemente atenuadas para no cegar. A su luz, las raras columnillas de metal se destacaban en forma casi irreal. El suelo, bruñido y terso, reflejó su imagen como en un espejo. Alzo los ojos y se vio a sí mismo en un techo igualmente

lustroso y azogado.

El joven periodista, con sus músculos increíblemente tensos, la mirada escrutando cada rincón del cubículo de formas angostas, vio ante si otro nuevo prodigio: una segunda puerta se fue descorriendo, lenta y silenciosamente.

Pero al mismo tiempo, a espaldas suyas, la puerta de acceso se empezó a cerrar suave, sigilosa. Fue un sexto sentido tal vez el que le hizo girar sobre sí mismo, alarmado…

Corrió contra la puerta, estirando las manos engarfiadas, en un intento desesperado de frenar la acción de la puerta. Aferró el borde de la hoja metálica, delgada, pero durísima e inflexible, y hubo de soltarla vivamente, o le hubiera segado ambas manos al cerrarse con un lúgubre chasquido de guillotina lateral.

Mike se encontró encerrado en la cámara verde. Entonces, sin darse por vencido, ni mucho menos, corrió hacia la otra puerta, la abierta al fondo. No pensaba ya en el profesor Wardo ni en su homónimo muerto años atrás. No pensaba ni siquiera en Luana. Sólo en sí mismo, en su ingenua y torpe manera de caer en un cepo extraño, alucinante.

Saltó al hueco abierto en el muro verde, aun a sabiendas de que era una nueva boca abierta para engullirle. Pero si se le cerraban todas las salidas, era mejor seguir el curso de los hechos, precipitarse en su propio destino… fuese cual fuese.

Cruzó la apertura rectangular, sintióse caer sobre un esponjoso suelo gris, que como un colchón infinito, cedió a su peso, para recuperar su horizontalidad muelle y adormecedora. Mike se puso en pie sobre él, sintiendo como si pisara espuma o goma blanda. Miró en torno suyo, sobre su cabeza. Ahí la luz era completamente azul, casi gris. Lívida y espectral, hasta el punto de que sus manos parecían formadas por fibras color pizarra.

Se movió, caminó sobre aquel suelo esponjoso, blando y acolchado. Algo mareante le llegó a los sentidos. Era como un olor, un aroma vago y penetrante. Acaso fuera algo más sutil que un olor, una sensación de todos sus sentidos a la vez. Pegajosamente, la laxitud subió a su mente. Pareció entrar en oleadas por boca, ojos, nariz, oídos…

Se derrumbó sobre la esponjosidad blanda. Primero de rodillas, de bruces después. Quiso luchar con su embriaguez incoherente y

no pudo hacerlo. Una negrura espesa le absorbió…

Cuando quedó completamente inmóvil, aquella negrura se hizo tangible, y la luminosidad se extinguió por completo en torno suyo.

* * *

Alguien, en otra parte de aquel cuerpo circular rojo, respiró con fuerza, apartándose del cuadro de instrumentos que había controlado hasta entonces. Un rectángulo de negrura cubría por completo una pantalla vidriosa ante él.

—Hubiera preferido a otro cualquiera —dijo sordamente, en un lenguaje extraño, que Mike Reagan no hubiese entendido—. Pero, ya que él volvió y se sintió atraído por nuestra nave… sea bienvenido. Hemos completado nuestro grupo experimental. Viajero Número Dos, dispuestos al regreso.

—Sí, Número Uno —respondió otro de los dos personajes que acompañaban al anterior.

—¿No esperamos al anochecer, como estaba previsto? —interrogó un tercero.

—No, Número Tres —respondió el Uno—. Ya no es preciso esperar más. Tenemos todo lo que hacía falta. Y aunque alguien nos vea a la luz del día… ¿de qué puede servirles eso? No van a darnos alcance, ni siquiera van a podemos seguir… Y, después de todo, esto no ha sido más que una visita… El día que regresemos, se habrán olvidado ya de nosotros. ¡En marcha, pues!

—Sí, Número Uno —aprobó por fin el Número Tres, volviendo a sus mandos.

Y se pusieron en marcha.

* * *

De «El Correo de Mérida», Yucatán:

> «Ayer, a primeras horas de la tarde, varios pastores indios y algunos turistas de tránsito por la región de Progreso, viéronse sorprendidos por una violenta

explosión procedente de la bahía, o de sus inmediaciones tal vez, seguida de la aparición en el cielo de un extraño objeto de intensa coloración rojiza y forma circular, que ascendió rápidamente, describiendo rapidísimas espirales, sin derramar humo o vapor alguno, y dejando, en cambio, tras de sí una estela de tinte anaranjado, que pronto se diluyó, no habiendo podido comprobarse oficialmente si las diversas informaciones recibidas hasta hoy en nuestra Redacción obedecen a un fenómeno de psicosis colectiva, muy en boga en nuestros días, con relación a los llamados platillos volantes, o sí, en realidad, el objeto redondo fue visto.

»Según referencias de unos turistas canadienses, a quienes el fenómeno sorprendió en plena carretera, con su coche en marcha, la salida del supuesto platillo fue acompañada de una disminución considerable en la marcha del coche, cuyo motor parecía no responder a los esfuerzos hechos. Exactamente, y según palabras de los interesados, como si “una fuerza superior” absorbiese la de su automóvil, impidiéndole rendir lo normal. Agregan los citados ciudadanos canadienses que el objeto circular se elevó sobre ellos, tomando rápidamente altura, pareció planear unos segundos sobre la tierra y después se perdió a velocidad increíble, en el cielo despejado, hasta constituir apenas un puntito en la distancia. Luego desapareció por completo.

»Siguen llegando noticias del fenómeno a nuestra Redacción, que ofreceremos a nuestros lectores en una próxima edición, si bien nosotros mantenemos una actitud francamente escéptica y prudencial sobre los referidos “fenómenos”, demasiado similares a los que la prensa sensacionalista publica últimamente en todos los países».

* * *

—¿Se encuentra bien, señor Reagan?

Mike sacudió la cabeza, con lo que desaparecieron los últimos jirones de niebla que empañaban su cerebro. Pugnó por darse cuenta exacta de todo lo ocurrido y no lo logró. Al concentrar ante sí la mirada, advirtió vagas sombras borrosas. Lentamente esas sombras se difuminaron, y pudo apreciar un rostro, una expresión amable, anhelante y tranquila.

Era el profesor Franz Wardo, o quienquiera que fuese aquel caballero de rostro cuadrangular y gruesas gafas. Sólo que ahora no llevaba gafas, y su rostro parecía más afilado, menos sólido, con aquellas extrañas ropas de matiz verdoso y espectral.

—¿Qué diablos ha ocurrido? ¿Dónde estoy metido? —Gruñó Mike, tocándose las sienes. No sentía dolor, pero sí aquella misma somnolencia pegajosa que le venció antes. ¿Cuándo? No podía saberlo. No tenía noción del tiempo transcurrido. Agregó, adusto—: ¿A qué se debe esta mascarada?

Y señalaba las ropas relucientes y ajustadas al cuerpo de Franz Wardo. Un correaje blanco ceñía su cintura. Un casco o gorro ajustado, de igual color, se ajustaba a su cabeza. De no sentirse tan aturdido y lleno de recelos, Mike hubiera reído.

—Siento de veras lo ocurrido, Reagan —la voz de Wardo era la misma. Segura, firme, impersonal—. Fue culpa suya él venir a parar aquí. Yo no le secuestré, y eso que pude hacerlo la noche anterior. Me hacía usted falta, y, sin embargo, no lo hice. Eso le dará idea de que mis intenciones no son malas. Simplemente, Reagan, fue usted víctima de su propia curiosidad. Quiso saber demasiado, llegó excesivamente lejos, y no podía volver ya con los suyos.

—¡Maldito si entiendo nada de este galimatías! —aulló Mike, sentándose en el suelo. Advirtió que estaba aún en el suelo esponjoso gris. Ante él, arrodillado solícitamente, se hallaba Wardo, con su carnavalesco atavío verde—. Escuche, Wardo, en usted hay muchas cosas que no entiendo, pero ésta, especialmente, colma la medida. ¿Quiere decirme por qué diablos me ha hecho entrar aquí, por qué me desmayé y por qué me recibe vestido así, diciendo cosas raras? ¡Quiero salir, marcharme de aquí en el acto…!

—Muy bien. —Wardo se puso en pie. Sonreía irónicamente—. Nadie se lo va a impedir. Sígame, Reagan. Si lo desea, puede salir de aquí libremente. No encontrará obstáculos para ello.

Mike no se fiaba de tanta afabilidad. Pero logró ponerse en pie. Y, pisando aquel suelo blando, con la misma torpeza con qué se pisaría un colchón de espuma, avanzó hacia la salida, que tan bien conocía. Ésta se abrió por sí sola ante Wardo. Pasó el profesor, solemne y erguido. Pasó Mike detrás, sin vacilar un momento.

Una vez en la cabina verde, cuya luminiscencia seguía inalterable, Mike se paró de repente, preguntando:

—¿Y Luana? ¿Dónde está la señorita Henderson, profesor?

—Aquí —sonrió el sabio, mirándole de soslayo—. Donde usted está. Con nosotros. Si desea que le acompañe en su regreso, no me opondré tampoco.

—De acuerdo. No me gusta usted ni me gustan sus bromas. Traiga a Luana y nos volveremos los dos a donde no hay cosas tan raras.

—Muy bien. Pero antes de traer a la señorita Henderson, quiero que vea una cosa. Si después sigue pensando igual, Reagan, gustosamente será complacido su deseo.

Estaba junto a uno de los paneles verdes, hablando. Mike protestó, rotundo:

—No me importa lo que usted quiera enseñarme. Le he dicho que yo…

Se detuvo, estupefacto. Wardo había hecho algo sencillamente increíble. Con un simple movimiento de su mano en la superficie verde, la luz esmeralda se apagó. Quedaron en tinieblas, pero eso apenas si llegó a durar un segundo. Porque en el acto se hicieron transparentes, como cristal o celofán, las paredes circulares.

Y Mike se quedó sin respiración.

Se vio rodeado de una negrura salpicada de fulgurantes astros, como si estuvieran suspendidos en el espacio. Un enorme cuerpo esférico, de un blanco amarillento, se mostró con luz muy viva, cerca de ellos. En dirección contraria, mucho más lejana, una esfera azulada, borrosamente envuelta en brumas, un cuerpo celeste familiar, aun a aquel que jamás hubiera sido capaz de verlo a distancia: ¡La Tierra! ¡Pero qué lejana estaba!

Podía resultar increíble, absurdo, disparatado. Pero estaba allí,

era real… Mike tuvo que arrojarse contra el muro, aferrar sus manos a él, para ver que una sólida pared, por muy transparente que fuese, le separaba de aquel prodigio. Se miró sus manos, lechosamente iluminadas por la luz lunar. El astro nocturno estaba suspendido sobre sus cabezas, próximo a ellos, como jamás nadie pudiera verlo…

—Sí, amigo mío —rió Wardo a sus espaldas—. No está usted soñando ni yo haciendo juegos de prestidigitador… ESTAMOS VIAJANDO POR EL ESPACIO, DE REGRESO A MI MUNDO… A UN MUNDO QUE NO ES EL SUYO, REAGAN…

* * *

La luz verde volvió a la estancia, las paredes recobraron su solidez opaca. Lenta, muy lentamente, y con el rostro contraído, cubierto de una mortal palidez, Mike Reagan se volvió hacia Wardo, le miró largamente, con frialdad.

—¿Eso que ha dicho… eso es cierto, Wardo? Preguntó con voz ronca, alterada.

—Sí, Reagan. Lo es. Usted sabe que lo es, porque es un hombre práctico, cerebral y frió, que sabe cuándo se encuentra ante una realidad, por imposible que parezca. Posee la matemática frialdad de un periodista habituado a chocar con lo inverosímil.

—Es que esto… esto es lo más inverosímil de todo…

—Pero es real. Está usted a bordo de una nave que le traslada por el espacio. Hemos dejado muy atrás su Tierra, su querida Tierra… Pronto rebasaremos la Luna. Y el viaje seguirá. Seguirá allá aún…

—¿Hacia dónde?

—Hacia algo que usted desconoce aún. Hacia un planeta muy lejano. Tanto, que sus astrónomos aun no le han descubierto siquiera…

—¡Espere, Wardo! —Mike le miró casi ferozmente—. Usted… usted habla como si no fuera un ser humano, como si perteneciese a otro mundo, a otro sistema de vida muy lejano de nosotros…

—Es así, Reagan. Hágase a esa idea que se le antoja absurda. Yo no soy terrestre. Soy humano, eso es evidente. Mi sistema de vida es igual o similar al suyo. Pero no he nacido en la Tierra, no

pertenezco a ella… Mi viaje ha sido una simple visita a su mundo, Reagan.

—Una visita… ¿para qué? ¿Para secuestrarme a mí, para secuestrar a otros como yo… o para espiarnos con alguna razón oculta?

—Puede haber algo de todo eso. Pero no he hecho daño a nadie, no he causado mal. Eso le convencerá de que no es una invasión, sino una visita de cortesía.

—Pero existió un profesor Wardo, ha existido. Usted usurpó su nombre, usted habla como un terrestre, conoce todo lo de la Tierra… o casi todo. ¿Como, por qué?

—Es una larga historia, Reagan. Tendré tiempo de contársela durante el viaje.

—¡No quiero viajar a ninguna parte! ¡No acepto imposiciones ni secuestros, Wardo, o como quiera que se llame usted! ¡Deseo regresar a mi mundo! Ha sido usted muy magnánimo al decir que podía bajar cuando quisiera… ¡Bajar a través de millones de millas, si! ¡Pero exijo la libertad de Luana Henderson y la mía propia! ¡Pronto, Wardo, o…!

—¿O qué? —sonrió dulcemente el falso profesor.

Mike no respondió con palabras. Saltó hacia adelante, cayendo sobre el plexo solar de Wardo, y le golpeó con sus puños rotundamente. No sería terrestre, pero reaccionó como tal al ataque, incluso resultó demasiado débil para su corpulencia. Rodo de espaldas, gimiendo de dolor al sentir hundido su estómago por los duros nudillos de Mike. Al mismo tiempo, otro directo del joven le doblo atrás la cabeza, y rebotó sobre el bruñido suelo verde oscuro, hasta caer contra una columnilla metálica. Gritó algo, en un idioma bronco, gutural y a la vez melodioso.

Mike giró en redondo, encarándose con la abertura por la que habían llegado. Pero el peligro no llegó de allí, sino de otro panel abierto a su derecha súbitamente. Por una oquedad oval, anaranjada, salieron los dos familiares personajes, Jan y Duk, con trajes verdes también, que aceitunaban sus rostros ascéticos más que nunca.

El periodista, sin vacilar, se arrojó de cabeza sobre el primero de ellos. Sintió crujir la débil humanidad de Jan bajo el impacto brutal de su cabeza, y le derribó por tierra aparatosamente. En el mismo

instante, Duk extrajo de un bolsillo inmediato al blanco cinturón una cápsula o recipiente verdoso, parecido al cristal, que alzó, a punto de arrojar sobre Mike.

Rápido, Reagan saltó en una zambullida atlética, aterrizando violentamente contra sus pies, que aferró con ambas manos, tirando hacia sí a la vez. Duk cayó por tierra, aparatosamente derribado, y un puño de Mike le alcanzó en la sien, dejándole inconsciente en el acto.

Pero esto fue perjudicial para Mike, porque de la mano de Duk encapó la cápsula, que rebotó en el suelo, quebrándose con ruido vidrioso. Un vapor verde, espeso y acre, subió, envolviendo a ambos contendientes. Rápida sonó la voz gutural de Wardo, hablando con premura. Mike no logró entender nada. Luchó por rehacerse, por apartar de sí aquella nube pastosa y verde que le envolvía, aturdiéndole, volviendo a llevar su mente a la inconsciencia…

Su último pensamiento, paradójicamente, fue para Luana. ¿Cuál sería la suerte de la muchacha, en poder de aquel extraño viajero del espacio, si aún vivía?

Con la imagen dulce y rubia de Luana llenando sus pensamientos, se adormeció por completo. Antes de sumirse en la inconsciencia, Luana se tiñó de verde ante los ojos de su imaginación.

* * *

El rojo plato volador surcaba los espacios infinitos, dejando tras de sí una vaga estela anaranjada. La Luna quedó atrás.

También la roja forma de Marte pasó frente a la nave del espacio, en su errar por el Cosmos. Una región celeste poblada de asteroides de todos los tamaños, verdadero mar de cuerpos girando en torno al Sol, apareció ante los viajeros, que se hundieron entre ellos, eludiendo con sorprendente habilidad, como si una barrera de protección, en torno al rojo plato, fuera indicando las zonas de peligro y, automáticamente, las eludiera.

Fue después Júpiter, el gigante de los espacios solares, el que quedó atrás en aquel vuelo fabuloso hacia lo ignoto.

¿Adónde se dirigía la nave de los visitantes de la Tierra?

Sólo ellos, los Viajeros Uno, Dos y Tres, podían saberlo.

Y cuando Mike Reagan despertó de nuevo, es cuando supo el terrible destino que le esperaba más allá del Sistema Solar, en otros espacios lejanos y pavorosos…

CAPÍTULO V

CÁRCELES DE CRISTAL



staba el prisionero en la más extraña de las jaulas conocidas. Como una mariposa, un insecto curioso o un cuerpo muerto.

Miró en derredor suyo, advirtiendo que algo le impedía mover sus miembros, algo que no eran ligaduras o correas, porque no advertía cosa alguna aferrándole el cuerpo. Acaso ondas magnéticas, tal vez una anestesia paralizadora local. Pero su mente funcionaba, y sus ojos podían moverse en sus órbitas, ver lo que le rodeaba.

Hubiera preferido no verlo, porque el tirón emocional sobre sus nervios fue tan fuerte, que se le agarrotaron los labios inmóviles al no poder gritar.

Él se hallaba dentro de una especie de urna o vitrina de cristal, acaso materia cristalina mucho más resistente que el cristal, pero no

tendido, sino en pie, manteniéndose allí rígido, como un milagro de gravedad. Claro que la gravitación, si era cierto que estaban en el vacío de los espacios, era cosa supeditada simplemente a los medios artificiales de que dispusiera Wardo. Y parecía hombre de vastos recursos técnicos aquel hombre diabólico.

A su alrededor, igualmente alineadas contra el muro de luminosidad anaranjada, se distinguían otras urnas vidriosas, transparentes, como féretros de cristal con los cuerpos de otros seres dentro.

El primero fue el que estuvo a punto de hacerle gritar. Y la paralización de sus cuerdas vocales fue lo que se lo impidió. ¡Allí estaba, rígida y erguida como él, Luana Henderson! Todavía hermosa, dulce y delicada, con sus grandes ojos rasgados mirando vagamente a un punto del vacío. Vio moverse las pupilas en sus órbitas, y comprendió que el estado hipnótico, o lo que fuese, era común a todos.

Había tres seres más: un hombre con uniforme de aviador, un indio de rasgos mejicanos muy acentuados, posiblemente, del pueblo maya, y un hombre fornido y rubio, de traje blanco muy amplio. Como él y como Luana, no eran sino simples maniquíes humanos, en aquellas urnas de cristal donde estaban prisioneros de una fuerza inhumana, superior a la suya propia.

Mike desvió los ojos de las cuatro cárceles de vidrio, advirtiendo que estaban en el mismo corazón de la nave viajera. Su triple cuadro de mandos, manejado y controlado por Wardo, Jan y Duk, que les daban la espalda, se mostraban ante una pantalla rectangular, ligeramente convexa. En esa pantalla se distinguía Una vista del espacio, negro y salpicado de luces lejanas, sin parpadeos. Un cuerpo esférico, cercado por un anillo, iba quedando en la distancia, remotamente pequeño. Mike sintió horror al pensar en la distancia terrible que les separaba ya del planeta Tierra, al que acaso jamás volverían.

Estaban abandonando el sistema Solar, en busca de algún lejano concierto de mundos, donde, increíblemente, la Mano de Dios había depositado unos seres iguales a los terrestres en aspecto físico, quebrándose con ello todas las teorías. ¿Por qué, precisamente, iguales a ellos?

De súbito, como leyendo en su cerebro, el supuesto profesor

Wardo se volvió en su asiento. Clavó sus ojos en Mike y le sonrió: Movió los labios. Y, sorprendentemente, a través del cristal le llegó la voz, como difundida por un gigantesco micrófono, relatándole a él cosas que, sin duda, también escuchaban los demás, puesto que cuatro pares de ojos inexpresivos se clavaron en Mike Reagan, como anhelantes.

—Son ustedes mis prisioneros, Reagan —empezó la voz sonora de Wardo, con aquel leve tono extranjero que imprimía a su inglés peculiar—. Usted lo es porque así lo ha querido. En realidad, le brindé la oportunidad de ser algo así como un aliado mío. No había razón para rebelarse, simplemente por sentimentalismo. Eso es lo que les hace débiles a ustedes, Mike Reagan: su sensiblería estúpida por el sexo opuesto. El hombre ha de despreciar a la mujer, considerarla como un simple vehículo de supervivencia humana. Es biológico y es practico hacerlo así. El amor no existe; la amistad, el afecto o la ternura, tampoco. Somos animares inteligentes, Reagan, y hemos de demostrarlo en nuestro modo de ser. No podemos ser perrillos lastimeros o nobles caballos, sino seres racionales, fríos y desapasionados. Así se alcanza la grandeza, Reagan. La que nosotros hemos llegado a alcanzar en Zyndra. Zyndra es nuestro planeta, ¿sabe? Un mundo distante del suyo, y sin embargo, muy afín en algo…

Hizo una pausa. El cerebro de Mike tildó de charlatán a aquel hombre. Pero su charlatanería tenía algo de diabólica manifestación de materialismo, de feroz lucha contra los sentimientos. No podía responder ni animarle a continuar. Pero el supuesto sabio lo hizo por su cuenta:

—Usted sabe la verdad de nuestra existencia, el secreto de la vida humanoide en Zyndra. Yo se la revelé, yo le di pruebas y usted las envió a su revista. Pero su gente, sus semejantes son tan estúpidamente torpes e incrédulos con todo lo que sus mentes no alcanzan a entender, que se reirán de las crónicas de un periodista loco. Dirán que escriba usted novelas, en vez de artículos científicos. Y, sin embargo, Reagan, ellos tendrán ante sus ojos LA VERDAD DE NUESTRA RAZA. Porque fueron los mayas, esa vieja civilización hundida en el tiempo, los que enviaron a los espacios un proyectil tripulado hace cientos de siglos. Ese proyectil llegó, Reagan: Llegó a un mundo ideal, a un vergel rico y exuberante,

donde los hombres y mujeres crearon una nueva Humanidad: Zyndra, en otro sistema solar distante del vuestro. Allí hemos crecido, nos hemos hecho fuertes y poderosos, inteligentes y supercivilizados. Hoy, Zyndra es el centro vital del Universo, el verdadero Paraíso del que saldrá la raza más fuerte de todas: una raza sin sensiblerías, sin sentimentalismos ni amor. La mujer da hijos, siguen las generaciones y se estudia, se progresa, se alcanzan cimas de perfección infinita. ¿Por qué, Reagan? Porque nosotros no amamos a nadie, no sentimos nada por ser alguno, excepto por nuestra obra, por nuestro futuro deslumbrador y fabuloso en el Universo. Marte agonizo hace siglos por sus guerras internas. Venus vio exterminados sus habitantes tiempo atrás. Otros mundos hemos visto morir, hundirse en los cataclismos de guerras sin cuartel entre sus propios hermanos. Por ambición mal entendida. Nosotros también somos ambiciosos, Reagan. Pero esa ambición no llega a la estúpida limitación de matarnos entre nosotros para perecer en definitiva. Buscamos DOMINAR A LOS DEMÁS MUNDOS HABITADOS POR SERES INTELIGENTES, PARA SER LOS ÚNICOS DEL UNIVERSO, LOS SERES SUPERIORES A TODOS…

Una nueva pausa. Mike se dijo que así hablaban los mesiánicos, los seres desequilibrados en su propio afán desmedido de grandeza. Pero Wardo seguía frió, apacible, y agregó a modo de conclusión:

—Nuestros científicos estudian la prolongación de la vida humana en Zyndra. Necesitamos experimentar en seres vivos, preferiblemente de otros planetas, para comprobar el grado de superación física a que podemos llegar con el tiempo. Por eso venís con nosotros. Seréis los cobayas de una nueva generación de zyndros. Para eso hemos bajado a vuestro mundo, a visitarlo y estudiar la raza que sabíamos vive en él. De eso hace ya diez años, Reagan. Ha sido una larga visita. Una visita durante la cual pude estudiar los idiomas, las ciencias, costumbres y sistemas de la Tierra. Y en la que, finalmente, resolví adoptar la personalidad de una eminencia fallecida ya, para continuar sin peligro mis investigaciones. Ahí tiene a los últimos desaparecidos en el Yucatán. Las órdenes recibidas del Mando eran de llevar cinco o seis seres humanos para experimentación y observaciones cientificobiológicas. A última hora elegí a los que había de llevar conmigo: gentes de diversas razas y naturalezas. Una mujer que fue

la propia señorita Henderson. Y uno más en mi colección de ejemplares humanos, que es usted, Reagan. Pero en su caso, le repito que fue suya la culpa.

De modo que era cierto. Aquellos seres superiores eran descendientes de la Tierra, hijos de una raza desaparecida en el viejo mundo terrestre, y, sin embargo triunfante en el lejano planeta adonde les llevó, cientos de siglos antes, su enorme progreso científico. Mike jamás hubiera creído esa leyenda de los mayas, a no ser que la realidad misma se la estuviese confirmado.

Hubiera querido disponer de sus miembros, romper aquellos muros de frágil vidrio y arrojarse sobre el monstruoso visitante de la Tierra, para molerlo a golpes, para demostrarle que, aun sabiendo amar y sentir algo espiritual, la raza humana era también fuerte y valerosa, por encima de seres intelectualoides y materialistas.

No pudo hacer nada de eso. Su forzada rigidez era inconmovible. Sólo su mente y sus ojos se movían. Captó el horror en el destello de las pupilas de Luana. Ella, como mujer, sería la pieza más sufrida y dañada por los «experimentos biológicos» de Zyndra y sus demoníacos pobladores.

Al menos, en la esclavitud extraña a que estaban sometidos, en aquellas cárceles de cristal donde viajaban con rumbo ignorado, hacia aquel remoto Zyndra del que ningún terrestre oyera hablar jamás, pudieron cambiar Mike y Luana una mirada intensa y desesperadamente muda, en la que se dijeron todo cuanto hubiera sido posible expresar con palabras.

Mike supo que Luana, aun en su desaliento, en su soledad alucinante, seguía confiando en él, esperaba que un milagro podía sobrevenir aún, y sacarles de aquel horror hacia el que viajaban.

Y Mike supo también en su interior que haría cuanto fuera posible por ella, por salvarla de su terrible fin, como conejo de Indias de una raza humana que se creía superior, y que no conservaba de sus ancestrales padres otra cosa que el cerebro, pero no corazón ni alma.

El joven periodista se dijo, con amargura, cuántos en aquel momento, allá en Nueva York, se estarían preguntando si el sol mejicano no habría calentado los sesos de Mike Reagan, al escribir una fantasía como aquella de unos milenarios mayas viajando por

los espacios. Sobre todo, cuando leyesen sus referencias a un notable filólogo y científico muerto años atrás, se desternillarían de risa y echarían la crónica y las fotografías al cesto de los papeles.

Mientras tanto, él, Mike Reagan en persona, viajaba en una de esas naves mayas, al encuentro de los descendientes de una civilización muerta sobre la tierra, y resucitada a millones de millas de ella, en otro suelo y otros espacios, para maldición de la raza humana.

Ya no por él, ni por Luana, ni por aquel desdichado indígena, aquel aviador o aquel otro hombre vestido de blanco. Sino por todos, por la Humanidad entera, Mike sintió un vivo terror en su ser.

Ahora había sido una visita, sí, como dijera el falso Wardo. Pero ¿y cuando fuese algo más? ¿Cuándo los «visitantes» de ahora fueran… INVASORES?

* * *

Los espacios interestelares abrieron su inmensidad pavorosa ante el platillo escarlata que hendía el vacío, la nada absoluta y tenebrosa que salpicaban los astros, como acogiendo al que había salido de ellos tiempo atrás y ahora regresaba con sus humanos cobayas.

El Viajero Número Uno, el supuesto Franz Wardo, con la vista fija en la pantalla visora de la nave, oprimió con fuerza los mandos. Hizo describir al visor un semicírculo, hasta que en el centro del mismo, entre una pléyade de astros, constelaciones y mundos, se distinguió una leve mancha verde luminosa, la superficie esférica, levemente ovalada en sus polos, por efecto de la rotación, de un planeta color de jade, singularmente brillante.

—¡Allí! —dijo en su propio idioma—. ¡Allí lo tenemos ya!

—Sí, Número Uno —asintió el Número Tres—. Zyndra…

—Estamos llegando ya a nuestro mundo —corroboró el Número Dos. Y agregó, mirando con cierta aprensión a su superior—: ¿Habrá… habrá sucedido algo con los «vegetatrones» en estos años de ausencia?

Los ojos del Número Uno brillaron fríamente al responder con sequedad:

—Espero que no. Diez años terrestres son mucho menos en nuestro mundo, ya lo sabéis. Es posible que todavía lleguemos a tiempo…

Y no dijo más, ni aclaró sus palabras. Pero, volviéndose a sus prisioneros encristalados, agregó en inglés, señalando la pantalla:

—Ved vuestro futuro mundo. Ése es Zyndra, morada de los superhombres del mañana, de la raza suprema del Universo, deberíais sentiros orgullosos, puesto que vais a servir, tal vez, para fortalecer al pueblo más grande de todos los tiempos y de todos los espacios…

Un brillo fanático iluminó sus ojos al decir esto. Lo terrible de aquella espantosa aventura en los espacios siderales, pensó Mike Reagan, estremecido de horror, es que el hombre de Zyndra creía plenamente la locura mesiánica que aseguraba. Sin ver, en su soberbia sin límites, que la Mano Creadora que les dio forma, era la misma que había dado la vida a los seres de la Tierra, y sus criaturas poseían poderes muy limitados, por todopoderosas que se creyeran a sí mismas.

Sin embargo, la locura de una raza como aquélla podía acarrear grandes cataclismos al Universo, antes de que fuese humillada su soberbia y su orgullo por su propio Creador…

* * *

La nave circular penetró en una masa espesa, verdosa, de atmósfera dotada de oxígeno. Pero su proporción, pensó Mike, estudiando desde su cárcel de vidrio la pantalla reveladora del visor, tenía que ser mucho más pobre que la terrestre, o aquel aire no hubiera poseído la densidad que parecía tener al paso de la nave. En las capas superiores era algo más diáfano, para irse espesando y oscureciendo, a medida que bajaban hacia la superficie planetaria, contrarrestando la fuerza de gravedad del astro con los medios de nivelación gravitatoria del platillo.

Si continuaba así la densidad atmosférica en el suelo de Zyndra, éste resultaría ser un planeta cargado de sustancias tóxicas en la atmósfera, con gran índice de hidrógeno y helio en su composición, y tan sólo una mínima parte de oxígeno para neutralizarlo.

Aparte de eso, aunque fuera en conjunto respirable para el ser

humano, bien del propio Zyndra, bien de la Tierra, su propio espesor haría vivir a sus seres en un constante mar de brumas, de nieblas bajas y densas.

Le sorprendió la clara luz que reflejaba su superficie, y vió, a través de la algodonosa masa de aire verde, un lejano disco amarillo rojizo, sin duda un sol, centro de otro sistema planetario remoto. Era un sol más distante de Zyndra que el de la Tierra, pero daba la sensación de ser mucho mayor y, por tanto, dotar al planeta de una cálida temperatura como acaso no existiera ni en los trópicos terrestres.

De pronto, la atmósfera se aclaró, los espesos nubarrones gaseosos quedaron atrás, y una atmósfera limpia, pero algo borrosa, como si sus componentes no lograran ser transparentes como en el mundo terrestre, mostró su relativa diafanidad. A través de la suave neblina, que en algunos puntos se rompía en jirones, mostrando un suelo exuberante de verdura, de vegetación intensamente verde, en una gama de tonalidades realmente fabulosas, Mike pudo ver el suelo rezumando agua o un líquido similar, algo más grisáceo.

Parecía haber montañas, valles, grandes llanuras, en el amplio campo visual que el platillo abarcaba desde su altura, en tanto planeaba sobre Zyndra. El planeta misterioso ofrecía su increíble variedad de verdes, desde el pálido al delirante, como la borrachera de un pintor que sólo tuviera esos colores en su paleta y jugase con ellos para enloquecer y asombrar al espectador.

Era un auténtico mundo verde, un paraíso, un vergel increíble, bañado de atmósfera neblinosa y que, tal vez por el color dominante en su superficie, tuviera una opacidad verdosa que no dificultaba demasiado la visibilidad.

Aquello era Zyndra, se dijo Mike, en su inmóvil cárcel transparente. Un planeta demasiado hermoso, demasiado exuberante y vivo para significar muerte, destrucción o peligro para los demás.

Y no obstante, bajo la belleza lujuriosa y espléndida de aquel vergel de otros espacios, se escondía la amenaza de unos seres incapaces de ver tanta belleza, de serenarse en su gozo o su contemplación. Unos seres despiadados, que se creían los ángeles del Universo. Ángeles caídos en su pecado de soberbia y maldad… Zyndra estaba allí. Y el espacio, el tiempo, desde su partida de la

Tierra, parecía haber perdido todo su valor.

Porque aquél era otro mundo.

CAPÍTULO VI

ZYNDRA


l disco rojo giró sobre un profundo valle verde, subió y subió, trazando una elipse colosal, y luego planeó, en torno a un bosque inmenso, en cuyo centro parecía hervir el agua con borbotones gigantescos.

Más allá del bosque, del agua gorgoteante y del valle umbrío, apareció la ciudad.

La ciudad más increíble y portentosa que jamás vieran los ojos de Mike. Aun vista a través del visor, poseía una grandeza y originalidad sorprendentes. Sus edificios no poseían ni una sola curva, ni un ángulo excesivamente agudo, ni una verticalidad excesiva tampoco.

Eran edificios grises, edificios cubiculares, rectos o poliédricos, con formas rectas, rectos ángulos y chatas horizontalidades que quebraban la belleza estilizada, graciosa inclusive, de las torres

rectas, terminadas en plano como cualquier rascacielos neoyorquino, pero sin la solidez pesada del cemento de Nueva York.

Su tono gris no era tampoco el de las grandes ciudades terrestres, sino un gris como de plata, un tono bruñido y centelleante a la luz del sol de Zyndra. Brillaban los muros, las aberturas asomadas a los altísimos riscos en cuya cumbre se alzaba.

Porque aquella ciudad sorprendente, se erguía precisamente al borde de un farallón altísimo, pelado y recto, de una altura superior al Empire State Building, puso Mike por caso.

Y allí, asomada al balcón natural de la roca, como desafiando al verdor de abajo para que fuese capaz de reptar y alcanzar su hermosa arquitectura pétrea, la ciudad exhibía sus bellezas rectilíneas y simétricas, en un juego geométrico digno de la civilización maya que había creado aquel imperio remoto.

—Es Mayalia —dijo con orgullo el Viajero Número Uno, irguiéndose para señalar la imagen del visor a sus prisioneros—. Mayalia, tributo a nuestro extinto imperio de la Tierra. Mayalia fue llamada al crearse. Mayalia sigue siendo. Orgullo de Zyndra, alma de nuestro nuevo planeta. Ahí se yergue, ahí asoma, segura de su fuerza, de su invulnerabilidad, de su orgullosa arrogancia indomable…

Palabras carentes de sentido, pensó el cerebro de Mike. Porque Mayalia podía tener todo aquello. Acaso lo tenía. Pero decirlo con aquel fanatismo, con aquella convicción total y plena, con aquella ceguera arrogante, era cosa de un loco, de un ser demente y peligroso. Si todos eran así en Zyndra…

—¡Bajad! —ordenó el Viajero Número Uno.

El disco volante empezó a perder altura. Sobrevoló los edificios planos, rectos y bruñidos, de gris plata centelleante y terso como si realmente fuera plata el mineral empleado. Las avenidas desfilaron por el visor velozmente. Eran rectas, entretejidas, sin árboles, sin jardines, sin rastro alguno de hierba, vegetación o verdor. Casi resultaba anacrónico aquel contraste con el mundo exuberante, de lujurioso verde, que cercaba por doquier la metrópolis.

Se veían gentes por las calles y asomadas a las aberturas largas y rectangulares de los edificios. Los rostros, demasiado lejanos para ser visibles desde allí, escrutaban los cielos, de los que volvía la nave circular que un día partiera hacia otros horizontes estelares.

Sin duda era para ellos motivo de júbilo aquel retorno.

El platillo rojo descendió más y más, planeó sobre las azoteas planas y desiertas de los edificios, hasta llegar al centro de la población. Una enorme, gigantesca edificación vertical, rematada por una amplia plataforma cuadrada, de grandes proporciones, apareció rodeada por unos extraños fosos oscuros y altas cercas metálicas formando rendijas como gigantescas persianas.

Planeó el disco volador sobre aquella plataforma durante tres o cuatro veces consecutivas, describiendo espirales cada vez más cerradas, hasta que el disco se posó suavemente, en un mínimo de terreno de aterrizaje.

El viaje había terminado en forma definitiva. Aquél era el destino de los tres zyndros y sus cinco prisioneros humanos.

* * *

La tapa de cristal se abrió lentamente. Al realizarse tal operación, zumbaron unos electrodos situados dentro de la urna, y Mike sintió que la sangre corría por sus venas de nuevo. Mas bien hervía, en tanto que los músculos recuperaban su normalidad y experimentaba la sensación de poderse mover.

Cerca de él, la tapa de la urna correspondiente a Luana Henderson, sufrió igual cambio, y Luana se agitó, como una moderna Blancanieves en su ataúd de vidrio.

No estaban ya en el platillo rojo. Hombres similares a Jan y Duk, vestidos también de verde, les habían sacado de la nave circular del espacio, trasladándoles a una cámara metálica, desprovista de mecanismos, muebles o cualquier otro aditamento. No habían vuelto a ver al falso Wardo ni a ninguno de sus servidores. Aquellos nuevos zyndros les dejaron en la cámara, encerrándoles herméticamente en ella.

Entonces es cuando habían empezado a funcionar aquellos ocultos electrodos, abriéndose las tapas y recuperando ambos el dominio de sus miembros. Los otros tres prisioneros de cristal seguían inmóviles. Parecía existir sólo un decidido interés en libertar a Mike Reagan y a Luana Henderson. Mike se preguntó en aquel despertar físico si eso formaría parte de otro inhumano experimento biológico de los zyndros.

—¡Mike! ¡Oh, Mike!

Fueron las primeras palabras humanas que escuchó en Zyndra, las primeras auténticamente sensibles y cálidas desde que abandonara la Tierra a bordo de aquella maldita nave. Y Luana era quien las profería, saliendo de su urna de cristal, con los brazos extendidos.

Mike Reagan, mirándola intensamente, emocionado en una forma que en él no era habitual, lanzóse hacia ella también, en su primer impulso, gritando:

—¡Luana, pequeña!

De repente, algo ocurrió. Entre Luana y él parecía existir un muro invisible, porque de repente, una corriente eléctrica o algo similar, repelió a Mike con rudeza, levantando chispas de sus pies, de sus propias manos, aunque sin quemarle. Y al otro lado de aquel intangible muro electrónico que debía mediar entre ambos, Luana lanzó un agudo grito de terror, mirándole con angustia.

—¡Luana! —rugió Mike con voz inhumana, pugnando por traspasar la barrera. Una miríada de chispas y un fuerte latigazo en sus músculos, le frenó en seco.

En aquel momento, una voz dijo a sus espaldas:

—No, señor Reagan, no puede hacer eso… No se acerque a ella…

Con un rugido ronco, Mike giró sobre sus talones. Su rostro se había crispado en una expresión salvaje. Era Jan quien le sonreía, armado de una extraña pistola de color dorado brillante, y abrazaderas negras. Tenía una boca circular, similar a un micrófono, con numerosos agujeros diminutos. Mike no sabía qué clase de arma infernal sería, pero hizo algo que Jan no esperaba.

—¡No se mueva! —había chillado un segundo antes el zyndro.

Y antes de que pudiera mover un solo dedo en su extraña arma, Mike Reagan brincó sobre él, abatiéndole con todo su peso. Chilló Jan en la gutural lengua que otras veces empleara durante el viaje, y se oyeron pasos en carrera precipitada que se acercaban a aquel lugar.

Mike, implacable, descargó un terrible golpe en la mano derecha de Jan, y el arma rebotó por los suelos como si fuera un arma completamente terrestre. Al mismo tiempo, el puño izquierdo del joven periodista apabulló en un impresionante mazazo el rostro del

tipo con aire de filipino. Pese a su debilidad muscular por el largo reposo en la urna de cristal, advirtió con satisfacción que los huesos crujían bajo los nudillos.

—¡No, Mike, no hagas eso! —chilló Luana, estremecida—. ¡Te matarán esos canallas!

Pero Mike, insensible a todo lo que no fuera desahogar su furia contenida tanto tiempo, seguía golpeando el rostro de su enemigo, impotente y tan débil en lo físico, que no era capaz de desasirse de su presión. Una vez más, pensó Mike mecánicamente, sus enemigos zyndros demostraban poseer una gran debilidad física.

Algo le detuvo, asombrado, en su implacable martilleo de Jan. Le había roto algo, y empezaba a fluirle sangre. ¡Pero qué sangre!

Era flúida, como agua, de un color tan lívido que resultaba casi amarilla, biliosa. Una sangre pobre, apagada, muerta… o aquellos seres no eran tan humanos como aseguraban… o se creían.

Jan aprovechó su paralización repentina, llevado del estupor, para saltar, goteando su rostro sangre blancuzca, y corrió hacia la puerta, chillando como una rata herida. Mike se inclinó vivamente a tierra y aferró el arma dorada de abrazaderas negras. Tenía un botón en el punto del gatillo, y Mike esperó, a pie firme, abiertas las piernas, y mirando belicosamente a la entrada, con el arma encañonada hacia allí.

—¡No haga eso, terrestre, o morirá! —gritó una voz potente, en el exterior.

Mike replicó, virulento, al reconocer la voz de Duk:

—¡Me importa un bledo lo que hagáis conmigo, malditos chimpancés biliosos!

Y se dispuso a apretar el botón, centrando el arma en la entrada. Cinco o Seis zyndros, enjutos y aceitunados como Duk y Jan, de verde uniforme, se detuvieron, petrificados de horror, haciendo un instintivo movimiento de retroceso. Debía de ser un arma temible para reaccionar así ante ella, pensó Mike.

Hubo una pausa.

—¡Escuche, Mike Reagan! —dijo de repente una voz sonora, metálica, que parecía venir de todas partes, y de ninguna en particular, dentro de la cámara—. ¡Suelte esa arma y sométase, o la que morirá será su compañera, puesto que tan poco le preocupa su vida!

Mike se detuvo vacilante. Miró los muros, el techo, contempló a la pálida y abatida Luana, de quien aún le separaba el muro invisible electrónico… De todas partes llegaba aquella voz potente y metálica.

—Igual morirá si yo me entrego sin luchar —replicó con voz sorda.

La réplica le llegó de nuevo por doquier, expandida por mil sitios en torno suyo:

—Es una promesa, Mike Reagan. ¡El Presidente de Zyndra te promete total perdón para Luana Henderson, aunque tú habrás de ocupar su puesto en nuestros experimentos! ¡Pero si luchas, si matas a alguno, de los nuestros, ninguno se salvará! ¡Piénsalo, Reagan, es la vida de esa mujer, si tanto te interesa!

Mike había reconocido ahora la voz, aunque ampliada por aquella sonoridad metálica. Era el propio Wardo quien le hablaba, sin duda por orden directa del Presidente de Mayalia.

—¿Cumpliréis esa promesa? —interrogó vacilante.

—Sí, Reagan. Nos bastará con cuatro hombres para lo que necesitamos. Ella conservará la vida y regresará a su planeta algún día. Te lo promete el Presidente.

—¡No, Mike, no hagas eso! —gritó Luana, alargando sus brazos hacia él—. ¡Esta gente carece de sentimientos, tú les oíste! ¡No harán lo que dicen! ¡Y aunque lo hicieran… no aceptaría mi libertad y mi vida a cambio de la tuya! ¡No, Mike!

—Lo siento, Luana. Pero lo tenemos todo perdido, aunque luche y mate a miles de ellos —denegó lentamente Mike. Tiró al suelo el arma, que sonó lúgubremente en el suelo bruñido—. Hay que jugar esa única carta… por ti, Luana.

—Mike… ¿por qué lo has hecho? —gimió ella, estremecida.

La voz metálica rió burlona, en tanto que los soldados avanzaban hacia Mike, y Jan, mirándole fríamente, ordenaba:

—Vamos, Reagan. Sígame…

—Eso es amor, ¿eh, Reagan? —recitó la voz, sarcástica.

Mike no respondió enseguida. Miró larga e intensamente a la rubia y delicada muchacha que dejaba tras de sí y asintió, lento, sincero como nunca:

—Sí. Eso es amor… Lo que hace grande a nuestra raza…

—¡Mike, Mike! —gimió Luana, viéndole salir—. ¡Yo también te

amo…! ¡Yo también te quiero…! ¡No puedes morir, no quiero vivir sin ti, no quiero…!

Y, estallando en amargos sollozos, se acurrucó sobre sí misma en un rincón de la sala. Mike Reagan había abandonado ya la estancia, escoltado por el grupo de zyndros.

* * *

Por el largo corredor que conducía a Mike Reagan, rodeado de los guardianes del uniforme verde, los muros eran igualmente lisos y metálicos, sin curva alguna, sin otros trazos en su arquitectura que las rectas y los ángulos, hasta resultar exhaustivos a la vista, mareaba por tanta arista y tanta simetría helada. Todo era impersonal, duro, gélido. Carecía de alma y de aliento, como los propios moradores de aquel lugar.

Fue al doblar una de las esquinas del palacio de la ciudad geométrica, cuando vio aquellas largas vitrinas de cristal o materia plastificada, conteniendo infinidad de plantas verdes o rojizas, con gran ventaja numérica de las primeras. Una luz artificial y lívida alumbraba aquella especie de larguísimos invernaderos, sin aparente objeto.

Mike miró, como fascinado, aquellas plantas. Eran en su mayoría vegetales de formas estrelladas o de grandes hojas espinosas y recias, triangulares o en forma de pétalos, figurando monstruosas flores gigantescas y ásperas.

Pero lo extraño era que aquellas plantas se MOVÍAN. Ejecutaban leves movimientos ondulatorios o, simplemente, LATÍAN… igual que si tuvieran vida propia. Mike sintió revolverse su estómago ante tan extraña flora, y casi experimentó la sensación angustiosa de que aquellas plantas le ESTABAN OBSERVANDO, entre curiosas e indiferentes. Un momento después, los largos invernaderos luminosos quedaron atrás, y Mike olvidó la desagradable impresión recibida al ver aquella singular y rara vegetación.

Después de aquel último corredor, una amplia escalinata recta, que acaso contara con más de doscientos escalones, y cuya dimensión era realmente colosal tanto en longitud como en anchura, les condujo a una puerta enorme, sobre la que una carátula modelada en metal parecido a la piedra, evocaba las

grotescas muecas de las deidades mayas, allá en el tórrido y remoto Yucatán.

Entraron por la puerta. Un corredor casi infinito llevaba a su vez a otra escalinata más breve, guardada por hileras de soldados de verde. El recuerdo de «El Mago de Oz» se hacía mayor por momentos en la mente de Mike. Pero aquello no tenía parecido alguno con el delicioso relato de los niños. Era monstruoso, cruel, absorbente. Y despiadada, acaso por la falta de curvas que suavizaran los grandes salones, las escalinatas y puertas, donde la geometría recta llegaba a límites intolerables a la sensibilidad de cualquier humano.

—Entre, hombre de la Tierra —dijo solemnemente Jan—. El Presidente aguarda…

Mike, perplejo, se sintió empujado hacia el interior de la última puerta ante la que se habían detenido. Luego, ésta se cerró silenciosamente tras de él. Miró ante sí, sereno y resuelto. Le sorprendió el contraste entre la grandiosidad que precediera a todo aquello, y la sencillez sobria e impresionante con que vio al Presidente.

Estaba erguido ante él, tras un cubículo de metal con mandos y controles al alcance de sus manos. Éstas, enguantadas y firmes, se apoyaban sobre unos botones de color blanco, sin oprimirlos. Tras la mesa o tabla de mandos, el rostro del Presidente le miraba con helados ojos verdes. Su faz tenía una extraña inmovilidad, una rigidez anormal. Casi recordaba a la carátula del exterior.

—Acércate, Mike Reagan —dijo la voz metálica y dura del personaje allí sentado.

Mike avanzó hacia él. Por unos amplios ventanales cubiertos de recios vidrios, la luz de aquel sol lejano pero potente, entraba hasta ellos, privando de todo aire irreal a la entrevista de un terrestre y un alto mandatario del lejano y misterioso planeta verde.

—Has logrado el perdón de la muchacha que te acompaña, porque has aceptado la palabra mía —dijo sordamente el Presidente —. Pero sabes que tú vas a morir, Reagan.

—No me importa mi suerte —respondió altivo.

—Verás que domino bien tu lengua, hombre de la Tierra.

—No me sorprende ya nada. He visto demasiado últimamente para extrañarme. Supongo que tendréis un sistema ultrarrápido de

comprender las lenguas extrañas.

—No. Es mucho más sencillo. Desde la Tierra, no me ha faltado información constante de mis tres enviados. Ellos me lo comunicaban todo, y a través de sus datos era fácil aprender un idioma simple como el vuestro. Créeme que lamento matarte. Mi propósito era dejarte libre, Mike Reagan. Pero tu obstinado afán de luchar lo ha hecho imposible. Pensaba, dados los informes del Viajero Número Uno, aquél a quien tú conociste como el profesor Wardo, utilizarte en provecho nuestro. Eres inteligente y audaz. Dos cualidades que nos hacen mucha falta a nosotros hoy en día.

—Aún puedes rectificar, presidente, si eres realmente tan poderoso.

—¿Y condenar a la mujer de la Tierra? —El tono del extraño amo de Zyndra reveló cierta ansiedad salvaje. Sus manos enguantadas se engarfiaron sobre los controles—. ¿De modo que vienes al camino de nuestra razón, desechas tus sentimientos de amor y lealtad a una mujer y…?

—No renuncio a nada de eso, no vayamos demasiado aprisa —cortó, glacial, el joven periodista yanqui—. He hablado de que aún puedes perdonar mi vida… sin tocar la de ella jamás. Eso como previa e indispensable condición, ¿comprendes?

—Entiendo —hubo un silencio ominoso—. Pero no puede ser. Precisamos un mínimo de cuatro seres vivos para nuestro experimento.

—¿Y… ninguna mujer?

—Hubiera sido preferible. Pero siempre se puede probar con ella, sin dañarla.

—¿Eh? —La belicosidad crispó las mandíbulas de Mike, que dio un paso—. ¿Qué significa eso?

—Lo que he dicho. Probar con ella, sin causarle daño. Bastarán unas gotas de su sangre para saber lo que deseamos.

—¿Su sangre? —A Mike se le erizó el cabello. ¿Qué nuevo horror iba a escuchar?

—Eso es. Parece ser que mi Viajero Número Uno te ha ocultado algunas cosas. Yo voy a ser más extenso y sincero, Mike Reagan. Y no por simple altruismo. Aún tienes una posibilidad de salvar tu vida, terrestre.

Mike no respondió. Miraba fijamente aquella cara inexpresiva.

Veía algo raro en ella y en la voz del Presidente. Sin que éste pareciera advertirlo, Mike avanzó dos pasos, y el Presidente, sin desconfiar, continuó con voz aguda:

—Esto que puede parecerte un paraíso, dista mucho de ser lo que tú imaginas, Reagan. Es un planeta magnifico, exuberante y fértil. Pero no todo en él es paz y ventura. Hay un enemigo terrible, cruel. Mucho más que nosotros. Es la gran amenaza de nuestra civilización, el que nos ha forzado a utilizar antes a muchos supervivientes de las guerras marcianas y de las hecatombes geológicas de Venus, para alimentarles a ellos.

—¿*Alimentarles*? ¿A quiénes?

—Eso ya lo sabrás. Basta que sepas que el enemigo es despiadado, feroz, sin idea de la clemencia o del perdón. Lucha, devora, mata, destruye… y acabará dominando todo Zyndra, Son lo más abominable y brutal de todos los mundos conocidos, Mike. Una forma de vida voraz, insaciable. Devora VIDAS HUMANAS, y quiere más, siempre más, para estar satisfechos y no atacarnos a nosotros. Hasta ahora, tuvimos seres de otros mundos para echarles la carnada. Ahora no quedan sino dos planetas habitados, en millones y millones de astros, de mundos: la Tierra y Zyndra. Es natural que seamos antes nosotros que nadie. Un egoísmo humano. Cruel, pero justo para nosotros. Siempre hemos imaginado que desde allí llegaron los creadores de este mundo. Zyndra hubiera sido hermoso sin nuestros enemigos. Pero están ellos, y eso lo cambia todo. Una vez, trajimos humanoides vivos de Saturno. Pero no eran del gusto del enemigo. No los devoraba, le producían aversión. Destruían sus vidas, pero no los devoraban. Renunciamos a ellos. Y desde entonces, en que a punto estuvimos de morir nosotros, ante el furor voraz del enemigo sin alimento, siempre que visitamos un planeta, buscamos sus seres representativos, y analizamos su sangre, sus vísceras y tejidos. Si en pequeñas cantidades, *ellos* los absorben, es que son digeribles y los traemos en cantidades, por miles o millones, eso no cuenta. Una vez nutrido, el enemigo es inofensivo, no ataca, duerme…

Un escalofrío de horror recorrió el cuerpo de Mike. Dio dos pasos más hacia el Presidente, que mencionaba vidas y vidas sin un simple escrúpulo, como algo natural.

—Es como una hidra, como un dragón de siete cabezas que

devora sin fin —dijo roncamente el periodista—. ¿Puede existir un monstruo así?

—Lo hay. El nuestro tiene miles, millones de cabezas. Es invencible.

—¿Invencible? —Mike rió agudamente—. No hay nada realmente invencible de los mundos. Nada que tenga vida es inmortal, porque una cosa se desdice de la otra. ¿Sois vosotros la raza suprema, los superhombres del Universo, y os asustáis de eso, teméis a ese peligro absurdo y torpe, sea cual sea? ¿Qué son esos adversarios pavorosos? ¿Hombres, bestias, insectos, aves, bacterias, microbios? ¿Qué son en realidad?

El Presidente lanzó la palabra increíble, absurda… pero espeluznante:

—No son nada de eso. Son… VEGETALES VIVOS.

CAPÍTULO VII

EL DRAGÓN DEL PLANETA VERDE


on vegetales. ¿Te das cuenta, Luana? Vegetales que tienen vida propia, que respiran, que laten, que SIENTEN HAMBRE como cualquier bestia dañina. Incluso, tal vez, PIENSEN. Eso sería terrible, porque resultarían poco menos que invencibles.

Luana miró a Mike fijamente. Le parecía increíble todo aquello. Estar con vida, verse con Mike al lado, solos los dos. Y al aire libre, en una de las cuadrangulares azoteas de Mayalia, oteando la geométrica ciudad erguida en la cumbre. Aún esto ofrecía ahora su verdadero, terrible sentido: tenían que buscar alturas inaccesibles para las plantas, no cultivar árboles ni jardines, excepto aquellos invernaderos aislados, que era su campo experimental.

—Pero, Mike, ¿eso es posible materialmente? ¿Puede vivir una flor, una planta?

—Luana, en nuestro propio planeta tenemos la prueba. Hay plantas carnívoras que atacan y devoran al que cae entre sus hojas o lianas. Aquí el caso es más grave. No se puede cultivar nada vegetal, porque en el acto CRECE CON VIDA PROPIA. Acecha, ataca implacablemente, y, sobre todo, cuanto más come, más crece. De ahí la imposibilidad de atacar al mal en su raíz. Se puede quemar una pradera, incendiar un bosque, desintegrar millones de arbustos. Pero siempre queda un tallo, un brote, una brizna. De ahí surge otra vez, centuplicada y pujante, la vida vegetal que devora al planeta Zyndra. En su propia exuberancia, en su paradisíaca belleza, tiene su condena a muerte. Toda vida orgánica morirá aquí, absorbida por el feroz enemigo vivo que es la vegetación.

—¡Suena tan horrible, Mike!

Sus manos heladas buscaron refugio en las del periodista. Él la animó, sonriente:

—Vamos, Luana, querida. No podemos ahora perder el tiempo en sentir miedo u horror. Por fortuna, el Presidente, dentro de su cruel insensibilidad, es persona más justa que el hombre a quien conocimos como Wardo, el Viajero Número Uno, el hombre de confianza del Presidente. Le he hecho una oferta. Y él ha aceptado.

—¿Qué oferta, Mike? Tengo miedo por ti…

—No temas. Iba a ser arrojado de carnada experimental a los vegetales. Como esos tres desdichados prisioneros —señaló al interior de la habitación en cuya terraza estaban ellos. Ahí, conscientes y abatidos, el indio maya, el hombre del traje blanco y el aviador perdido en Yucatán, paseaban como leones enjaulados. Mike agregó, en voz muy baja—: He arriesgado todo a una carta, Luana, Y quiera Dios que me salga bien.

—Nada puede salir bien en este horrible mundo verde… —Tembló Luana.

—Peor es morir sin esperanza. Yo sólo correré el riesgo… en nombre de todos.

—¿Tú?

—Sí, Luana. Es preciso que alguien intente algo para acabar con esa plaga, o la Tierra entera será absorbida por estos seres sin alma, para salvar, sus propias vidas. No se dan cuenta de que es sacrificar en vano millones de existencias, puesto que al extinguir la vida de la Tierra, el problema seguirá siendo el mismo. Es como alimentar

un cáncer o un dragón. Al final, el tumor ataca al que le nutrió, para devorarlo a él. Más tarde o más pronto, el espantoso destino de estas gentes es morir devorados por los vegetales… si antes no se les aniquila definitivamente.

—¡Pero eso es imposible!

—Es improbable, pero no imposible. Todo tiene su punto débil, su talón de Aquiles. Lo arduo es dar con ello. Y yo creo tener una idea, una remota idea…

—¿Quemar los campos, las selvas que se extienden ante la ciudad?

—No. Un incendio respeta plantas. Y es preciso que no se libre ni una sola. Hay que aniquilar toda vida vegetal. Hay dos armas que pueden vencer y destruir a las plantas vivas, si son *realmente* vegetales.

—¿Qué quieres decir?

—Estamos en un mundo ajeno al nuestro. Y muy diferente. No sabemos las formas de vida qué la Creación puede ocultarnos a nosotros, los terrestres. Pero si esos voraces asesinos son realmente plantas, el hielo y las bacterias de una plaga herbívora puede aniquilarles, si ambas cosas se complementan y unen en escala gigantesca.

—Y tú, Mike… —empezó roncamente Luana, mirándole muy pálida.

—Yo, Luana, he hecho un pacto con el Presidente. Dispongo de sólo cinco jornadas de Zyndra, para intentarlo. Si hay éxito, serán perdonadas nuestras cinco vidas. Y lo que es más, la Tierra ya no correrá, peligro, al menos durante siglos. Esperemos que en tan remoto futuro, otros hombres mejores que nosotros sepan luchar también para defender nuestro viejo mundo.

—¡No, Mike, no puedes lanzarte a hacer eso! —gritó ella, exaltada—. ¡No puedes sacrificar tu vida por los demás!…

Reagan sonrió, poniéndole la mano en la boca. Luego, miró a los tres prisioneros, que le observaban con estupor. Dijo sencillamente:

—Alguien tiene que ser. Creo que yo, mejor que otro. Mi decisión es totalmente irrevocable…

* * *

Los tres hombres miraron en silencio a Mike, asintiendo con la cabeza. Todos ellos comprendían el inglés. Acupa, el indio maya, parecía asombrado de que aquellos seres tan lejanos de su tierra pudieran ser descendientes de sus antepasados, como él. El hombre del traje blanco, un industrial petrolífero alemán, llamado Kurt Schmitz, y el aviador extraviado en el Golfo de Méjico, el francés Louis Duval, tampoco acababan de concebir su increíble y pavorosa aventura, pese al detallado relato hecho por el periodista americano, convertido en jefe accidental del grupo de cautivos.

—Ésta es la historia —dijo Reagan, suspirando al fin del relato —. La mía, la de Luana Henderson y la de ustedes mismos. La fatalidad o el Destino nos unieron en esta aventura de locos. Y como locos hemos de terminarla, en un país de dementes soberbios de su grandeza, que sin embargo se dejan aplastar y atemorizar por un enemigo orgánico pero inhumano, como es el vegetal vivo. Una forma de vida ignorada en nuestro mundo, salvo en aislados casos de plantas voraces. Aquí, eso cobra caracteres de apocalipsis.

—Parece increíble, «mon ami» —masculló Duval, estremeciéndose vivamente.

—*Herr* Duval se asombraría de cuantas cosas hay en nuestra cochina tierra que parecen increíbles —le respondió agriamente el alemán—. De modo que no se maraville de lo que encuentre en otro planeta.

—Dios nos asista, madrecita del alma —recitó fervoroso en español el pobre Acupa.

Mike Reagan, impaciente, cortó los comentarios con su dialéctica agria:

—Escuchen: no es hora de asombrarse o de gemir, sino de hacer cosas positivas. Voy a dejar a ustedes cuatro aquí, como cautivos. Si yo no vuelvo de mi excursión y las plantas me venciesen, significaría que sus vidas no valen nada en absoluto. Pero no sé por qué, ese personaje misterioso a quien llaman el Presidente, me resulta más simpático que el falso Wardo en la Tierra. La crueldad del Presidente es algo… instintivo, irresponsable. No es feroz por inteligencia, maldad y soberbia, sino por irreflexión, por fanatismo nativo en él. Me gusta más que el Viajero Número Uno, el Dos y el Tres juntos. Creo en su palabra, tengo fe en que respetará su promesa, e incluso no me sorprendería que, en el caso de fracasar

mi empresa, mi propio impulso de cargar con todos los riesgos, le afecten hasta el grado de permitimos seguir vivos. Si alguien hay en este país sin alma, que tenga algo de espíritu, bondad o como queramos llamarlo, es el Presidente. Y por cierto que me gustaría ahondar en su máscara, saber lo que hay detrás para…

En aquel momento, cuatro rostros se volvieron hacia la puerta. Cuatro pares de ojos mostraron su estupor sin límites. Y Mike Reagan, sorprendido por ello, se quedó mudo y, lentamente, se volvió hacia la entrada a la estancia donde estaban confinados por orden especial del Presidente de Zyndra.

Ahora le tocó el turno a Mike de asombrarse y tragar saliva ante la visión surgida de la nada que aparecía ante sí. Instintivamente, miró a Luana, cuyo bello rostro había sufrido una contracción, y sus ojos centelleaban, algo inquietos.

Porque la figura surgida en la puerta correspondía a una mujer increíblemente hermosa, una dama alta, morena, de largos cabellos azules y brillantes, que caían sobre sus hombros desnudos. La blusa plateada que ceñía sus curvas inquietantes, era breve, demasiado breve para cuatro hombres desterrados a la fuerza de su mundo. Y las largas y broncíneas piernas aparecían descubiertas por el corto pantalón de tejido plástico, en tanto que el alto tacón de sus botas de vuelta caída graciosamente sobre el pie, favorecían la escultural línea de aquel cuerpo de diosa.

—¡Cielos! ¡«Quelque femme»! —gimió Louis Duval, dilatando sus ojos atónitos.

—Asombrosa —coreó el alemán.

—¿Quién es esa señorita tan linda? —interrogó ingenuamente el mejicano.

Mike Reagan pasó por alto el gesto de instintivos celos que captara en el rostro de Luana y avanzó hacia la extraña visita. El conjunto de la morena belleza, con sus rasgadas pupilas de jade, era realmente inquietante.

—Sí, ¿quién es usted? —preguntó en inglés, ásperamente.

Ella sonrió. Tenía dientes blancos e iguales, muy bellos. Adelantó el busto.

—Me llamo Zalia, extranjero —dijo con meloso tono, en un inglés peculiar—. Zalia, que ha oído hablar del valor del heroico terrestre Reagan, y quiere conocerle… ¿Eres tú, rubio extranjero?

—Soy Mike Reagan, sí —asintió Mike, ceñudo—. ¿Y tú? ¿Quién es Zalia en Zyndra?

Ella sonrió con deslumbradora sugestión. Sus brazos, desnudos también, ondularon ante Mike.

—Zalia es la amada del Presidente, ¿no lo decís así vosotros? —se excusó por su defectuoso inglés—. Todo lo que sé hablar, me lo ha enseñado mi amado Presidente. Es él quien me envía a ti, porque solicité conocerte. Y me encarga te pida que esta noche vayas a sus cámaras privadas, para ultimar los detalles de mañana, valeroso hombre de la Tierra. Yo serviré los manjares de la mesa del Presidente… y tuya, terrestre.

—Pero ¿es que en Zyndra se come? —musitó, abatido, Duval—. No he probado bocado desde hace siglos.

—¿Bocado? —Ella le miró y se echó a reír—. Oh, sí bocado… Pronto os servirán a todos. No olvides tú mi invitación, que es la del Presidente, extranjero. Los días de Zyndra duran mucho más que los vuestros. Pero también el sol de nuestro mundo se esconde, y también la noche llega para nosotros durante largas horas. No faltes a la invitación del Presidente.

Mike vaciló un breve instante. Los ojos de esmeralda se fijaban en él con intensidad. La figura agresiva y hermosa de la mujer del pelo azulado seguía erguida ante él, como un desafió. Casi pudo imaginar la expresión rencorosa de Luana, pero respondió:

—Dile que iré. Tal vez eso signifique que, después de todo, también hay alma en los zyndros.

—¿Alma? —Ella rió, sin quitar de Mike los ojos—. Tal vez sí, extranjero, tal vez sí.

Y con sus enigmáticas palabras y una última carcajada, Zalia desapareció de la estancia.

Reinó un silencio tenso al quedarse solos los cautivos. Fue Duval el primero en hablar, con su habitual desenvoltura picaresca.

—¡«C'est terrible»! ¡Qué criatura más prodigiosa, Reagan! Y parecía como si la hubiera usted fascinado o algo así…

Tosió, cortado, al pisarle fuerte el germano petrolífero, que le musitó:

—¡Torpe! La señorita Henderson va a sentirse celosa por culpa

suya…

Acupa rió tontamente entre dientes, pero se quedó serio al ver la expresión nublada de Luana, que ahora miró a Mike y le preguntó fríamente:

—¿Piensas asistir a esa invitación tan… tan peculiar?

—Tengo que hacerlo, Luana —se excusó Mike—. El Presidente puede ofenderse.

—El Presidente y ella, ¿no es cierto? —le replicó con sarcasmo la joven.

—Luana, sé comprensiva: Nuestras vidas están en sus manos. Somos prisioneros, no amigos.

—Pues tú no pareces disgustado con ello desde que has visto a esa mujer, Mike.

—¡Cielos! ¿Qué es lo que imaginas?

—Nada. Simplemente, que la vida en Zyndra no se diferencia mucho de la de nuestro mundo, después de todo.

Dicho esto, dio media vuelta airadamente y regresó a la terraza. Mike no supo qué decir…

* * *

Aquellas melodías suavísimas, cálidas y sensibles, parecían llegar de todas partes a la vez, como filtrándose por entre los muros. Eso, unido a la luminosidad opaca, tenue y verdosa de la estancia, a la visión de los extraños manjares, cuyo colorido y presentación se diferenciaban de los terrestres considerablemente, a pesar de tener un aspecto agradable, casi apetitoso, convertían la estancia privada del Presidente en un verdadero harem o palacete oriental, en fría versión metálica del planeta Zyndra.

Mike miró una vez más con recelo, en derredor suyo. Luego, observó la figura que acababa de aparecer en la puerta. Estaba hermosísima Zalia, con aquella nueva blusa de intenso color rojo, mas breve aún que la que le viera aquel día, las suaves gasas o tejidos transparentes que envolvían el resto de su figura, vaporosamente, y el peinado audaz y sorprendente de su melena azul oscura.

—Buenas noches, Mike —saludó en un susurro ronco la voz de la hermosa zyndra—. No has faltado a la cita.

—Tú tampoco, Zalia —respondió escuetamente Mike—. Pero ¿y el Presidente?

—Oh, ¿qué importa él? No esperemos su llegada. Tal vez se demore esta noche.

—¿Por qué?

—¿Es que te interesa más su presencia que la mía?

—He venido por él, no por ti, Zalia.

—¿Por qué por mí no has venido, Mike Reagan? ¿No te atraigo acaso? ¿Soy fea para un terrestre?

—Sabes que eres hermosa como la luz azul de esos astros que se ven en la noche de tu mundo —dijo Mike, sintiendo vacilar su firmeza ante la belleza envolvente de la joven morena, cuyos ojos verdes parecían luz, astros caídos del cielo de aquel sistema solar remoto—. Pero es el presidente quien me invitaba esta noche, no tú…

—¿No puedes olvidarle a él? —susurró ella, sentándose a su lado sobre las esponjosas alfombras y asientos—. ¿Ni siquiera unos cortos momentos, rubio extranjero?

—No, no puedo. En manos de ese hombre a quien tú me pides que olvide, están mi vida, la de esos otros hombres y…

—¡Y la de esa mujer del pelo de oro! —Se levantó airada, centelleándole los verdes ojos. Su seno subía y bajaba rítmicamente, a impulsos de su pasión—. ¿No es eso?

—Sí, también. Y tú lo sabes. Lo sabías antes de que yo viniese aquí. Pero hay más aún. Están las vidas de nuestros súbditos y hermanos. Yo tengo que vencer a esas plantas, es la promesa hecha. Y lo haré por ellos.

—Mike, de eso quiero hablarte —dulcemente, se olvidó de su furia y se sentó a su lado otra vez, envolviéndole con el dogal amable de sus brazos—. ¿Por qué arriesgar tu preciosa vida, por qué luchar con lo que no puede ser derrotado? Quédate aquí, sé el nuevo amo de Zyndra a mi lado… y olvídate de lo demás. Otros llevarán a cabo tus planes, si los tienes, para acabar con esa plaga terrible, con ese feroz dragón vegetal.

—Porque he de ser yo quien lo haga. Puede haber un fracaso, y seré yo mismo el que pagué las consecuencias, Zalia. Yo no creo que sean invencibles esas plantas. Todo puede ser derrotado en la vida, incluso la más hermosa y seductora de las mujeres…

—¿Yo, por ejemplo? —susurró ella, acercándole el rostro, entreabiertos los rojos labios.

—¡Sí! ¡Tú por ejemplo! —se desasió bruscamente de ella, y de un salto se puso en pie, mirándola belicoso—. No sigas cantando como una sirena, Zalia. No soy traidor a nadie, ni siquiera a tu Presidente. Mucho menos a mí mismo… o a Luana.

—¡Siempre la chica del pelo dorado! —musitó, rencorosa, la hermosa morena—. ¡Está bien, Mike Reagan, haz lo que quieras! ¡Pero no significa traicionar a nadie! ¡El Presidente no existe! ¿Y sabes por qué, extranjero obstinado?

—Sí —sonrió, calmoso, Mike—. Porque el Presidente ERES TÚ MISMA, ZALIA.

CAPÍTULO VIII

EL ENEMIGO INFINITO



l estupor dejó inmóvil a la bellísima mujer de los cabellos azules, que retrocedió un paso, sin creer lo que oía. Musitó, aturdida:

—¿Cómo… cómo has podido sospecharlo, Mike?

—Lo imaginé en cuanto te vi. Recordé que tu voz, tras la máscara, me había hecho dudar de tu sexo. Une a eso tus ojos, de un verde poco común. Tus manos enguantadas, que siempre escondes porque podrían revelar a alguien tu identidad de mujer, y tú sabes bien que tu propia raza te despreciaría y destruiría, si supiera que su Presidente es una mujer y no un hombre. Vuestro pueblo se ha hecho tan orgulloso y soberbio de su propia grandeza, tan falsa como todas las supuestas grandezas humanas, que desprecia y prescinde de la mujer, excepto como factor puramente biológico para continuar existiendo.

—Mike, tú has podido… darte cuenta de todo eso… —musitó ella, dolida.

—Sí, pero no te ofendas. Yo no siento igual que tus superhombres de Zyndra. Acaso porque soy, sencillamente, un hombre débil, equivocado y pequeño, como todos los seres de la Creación, y admito lo que soy sin soberbias engañosas. Te comprendo y te compadezco, si has de esconder siempre a todos lo que eres, lo que sientes…

—Nosotros no sentimos nada —protestó airada ella.

—Mientes, y tú lo sabes —dijo duramente Reagan—. Sientes como todo ser humano. Eres mujer, y en ti es más difícil esconder la verdad. El alma vence al cerebro. Primero es la pasión lo que te ha dominado. Luego, esa pasión será cariño, afecto, generosidad. Te llegarás a horrorizar tú misma de lo que hacéis para nutrir a esas plantas feroces sin que os toquen a vosotros.

—Ya me horrorizo hace tiempo —se estremeció ella—. Desde que mi padre, el Presidente, murió, dejándome a mí el poder. Un poder que mentí siempre, puesto que él mismo me aconsejó que jamás revelara mi identidad a nadie. Y hoy, tú la has sabido…

—No temas, Zalia. De mí no saldrá nada en absoluto.

—Mike, eres admirable… —Ella avanzó hasta situarse enfrente suyo. Un fulgor apasionado relampagueó en sus pupilas jaspeadas. Pero recuperó su entereza, y musitó—: No debes ir mañana a luchar contra esas plantas… a pesar de que entre tú y yo no llegue a existir nada. Os perdonaré a todos, correré el riesgo de aparecer débil, de que mi consejero, el Número Uno, sospeche la verdad de mi sexo y acaso trate de destruirme, para ser él el Presidente futuro…

—De modo que así es el afable Número Uno, ¿eh? —Mike endureció el gesto—. Lo sabía. Me di cuenta al tratar contigo, sin saber aún si eras mujer o no, de que él es peor que vosotros. Él y sus sicarios son peligrosos, despiadados y fanáticos. Guárdate de ellos, Zalia. Guárdate, Presidente de Zyndra.

—Ya me guardo cuanto puedo. Mike, no vayas mañana… —Estaba muy cerca de él.

—Tengo que ir, Zalia. Nunca me vuelvo atrás. Y puedo libraros de esa plaga terrible. Así nadie correrá riesgos. Así no sospecharán de ti. ¿De acuerdo, Presidente?

Le estaba sonriendo. Ella, emocionada, asintió. Mike vio el brillo

de sus ojos, el temblor de su pecho. Supo que había alma, después de todo, dentro de los seres de Zyndra. El advertirlo le llenó de sana alegría. Se acercó y besó dulcemente a Zalia en los rojos labios, tomándola con amistosa suavidad entre sus brazos.

—¡Oh, Mike!… —susurró ella, totalmente ganada por la nobleza del hombre de la Tierra, Y le devolvió el beso en toda su pureza.

Ninguno de ellos advirtió el suave movimiento de una cortina vaporosa, cercana a ellos. Unos ojos malignos y fríos brillaron tras de ella con gris tono metálico.

Una mano crispada soltó la gasa ingrávida, una sombra furtiva se alejó por un gélido corredor geométrico, en tanto que su rostro se contraía con furia implacable y a la vez ambiciosa, fanática decisión.

—De modo que era eso… —Los pensamientos del espía se formularon en roncos murmullos, inaudibles excepto para su propia mente—. Una mujer… un ser despreciable. Y traidor a Zyndra, a todos nosotros… Bien, mi querido amigo Reagan, lo lamento por ti, pero mañana, en tu guerra contra las plantas… perderás tú la batalla. No volverás jamás… y esa débil falsaria tampoco volverá a sentarse en su puesto de mando…

* * *

Mike Reagan subió los dos escalones que conducían al platillo monoplaza en que iba a emprender el viaje decisivo a la floresta sinfín del planeta verde, a la jungla viva, feroz y sigilosa, que esperaba siempre su presa.

El Número Uno, con sonrisa enigmática, le tendió dos grandes depósitos metálicos, a los que iban unidos unos largos tubos de material cauchutado rematados en agudos grifos regulables fácilmente.

—El hidrógeno líquido, Mike —dijo el que fuera en la Tierra Franz Wardo—. Al caer sobre la vegetación, según su plan, se convertirá en hielo puro. Lo helará todo. Una vez paralizadas las plantas por la acción del frío glacial… podrá lanzar su segunda arma, las bacterias devoradoras. Espero que tenga suerte.

—Gracias —dijo secamente Mike Reagan.

Miró a los rostros ansiosos que le contemplaban con interés. Vio

allí, entre las gentes de Zyndra, cuyo destino dependía de él, a sus amigos Duval, Schmitz y Acupa. Más allá, rencorosa aun, Luana. Y mucho mas allá, asomada al balcón del rectangular palacio, la máscara rígida del presidente, sus manos enguantadas, agarrotadas y tensas. Debajo de ese disfraz, un alma de mujer…

Mike le hizo una seña optimista. El presidente respondió a ella. Luana, pendiente de ambas cosas, pareció tranquila al no ver rastro de su rival, Zalia. A la mirada fría del Numero Uno no escapó nada de todo eso. Pero su faz no se alteró en absoluto.

—Espero volver —dijo Mike, clavando sus ojos en Luana—. Pero si no volviese, sabed que hice todo lo posible por vosotros, por todos vosotros…, y sobre todo por una persona.

Luana no pudo contenerse. Avanzó entre la gente, sollozando:

—¡Mike, Mike! ¡Mi vida, tienes que volver!… ¡Te esperaré rezando, amor mío!

Se estrecharon fuertemente, el uno en brazos del otro. Arriba, en el palacio, la figura del presidente desapareció en el hueco de su ventanal…

Al separarse, Mike recogió de manos del Número Uno los cinco depósitos portátiles de material metálico azul. Dentro iban millones y millones de bacterias vivas, todas ellas herbívoras, rabiosas enemigas del mundo vegetal. Puestas en libertad, causarían la muerte de las plantas. ¿Definitiva? Nadie sabía eso, no se podía saber. Todo dependía de que el frío inicial del hidrógeno líquido redujera a la inactividad los terribles brazos hambrientos de los vegetales vivos. Era un experimento a vida o muerte. Mike tendría que bajar tan cerca de las plantas, que éstas podrían devorarle en el acto, sí fracasaba lo más mínimo. Pero no sentía miedo.

Penetró en la cabina del monoplaza. Hizo un último ademán de saludo. Partió el disco, en cuyo manejo había sido adiestrado el joven periodista, despreciando la ayuda del piloto Duval, para no arriesgar más vidas en la empresa.

—*¡Bon voyage!* —Dijo emocionado el francés, viendo perderse al disco volador a través de la eterna neblina verde de Zyndra—. Y suerte, muchacho…

—Es un hombre valiente. El más valiente que he conocido, «*herr*» Duval —gruñó el alemán, fingiendo entereza.

El indio maya se apartó, en silencio humilde, pero admirativo,

viendo perderse el disco en el aire quieto del día. Aquel distante sol calentaba tibiamente ahora. El vehículo aéreo de Mike Reagan se diluyó entre las brumas, más espesas, de las grandes junglas vivas.

La lucha contra el enemigo infinito que cubría todo el planeta verde había empezado. Un solo hombre, de un remoto mundo, era su solo adversario mortal…

Acupa hundió la cabeza sobre su pecho, cubierto aún con la blusa de vivos colores de su tierra yucataní, y elevó una oración ferviente a Dios. Entonces fragmentos de aquella lengua extraña para todos le llegaron a los oídos. Se diferenciaba mucho del maya hablado en la actualidad entre los indios de esa raza. Pero captó varias palabras de terrible y claro significado:

—«Hidrógeno líquido no hay… Morirá devorado… Yo guardo verdaderas armas… Hay que matar… Presidente traidor…, mujer amiga de los terrestres… Yo seré Presidente entonces…».

Sigilosamente, Acupa se apartó de los que conversaban en voz baja. El resto no podía entenderlo. Era rápido y gutural el lenguaje. Parecido al ancestral de su raza. Pero Acupa sabía lo bastante. Le temblaban las manos, tenía seca la garganta. Sin embargo, conservó la serenidad.

Miró de soslayo. Los que hablaban eran los Números Uno, Dos y Tres. Y, naturalmente, el Número Uno, el hombre de los ojos grises, era el que había llevado la voz cantante.

Acupa, siempre cauto y furtivo, se perdió entre el gentío, camino del palacio del Presidente.

* * *

Mike escrutó bajo sus pies el suelo verde, lujurioso, del planeta. Un escalofrío de horror le conmovió, a pesar de saber con lo que se enfrentaba: «aquello se movía», reptaba bajo su disco volador, como un mar borrascoso, como una enorme, interminable masa viva, que envolviera el planeta, retorciéndose como el caimán al sol.

La jungla viva, latente, retorcía sus millones de plantas, sus arbustos, que, como brazos de esqueletos en macabra danza, subían, ondulantes, en busca del presentido enemigo que les sobrevolaba audazmente.

Jamás un enemigo había sido tan silencioso, terrible y cruel

como aquél de allá abajo, con no tener forma ni ojos. Era tal su monstruosa dimensión, que parecía poseer millones de pupilas desorbitadas, miles de bocas abiertas para engullirle, océanos de brazos o de hojas ávidas de tragar algo… Una selva viva, en constante movimiento, capaz de acechar, de SENTIR, acaso de PENSAR, sobrepasaba todos los horrores imaginables. El joven periodista, bañado en sudor, notaba el temblor de sus manos en los mandos del disco volador.

Las brumas verdosas de la densa atmósfera de Zyndra se aclararon cuando se precipitó sobre el mar de viva vegetación carnívora, para subir velozmente. No tanto que el latigazo escalofriante de unas enormes hojas oblongas, cuajadas de espinos, le rozaran, con el aleteo de la muerte más terrible de todas. Fue igual que el zarpazo de una mano gigantesca, poderosa y cruel. Los ojos de Mike se dilataron, excitados, al descubrir una colosal, increíble planta, de tamaño gigantesco, acaso por sí sola mayor que toda la ciudad de Mayalia, con una negra y horrenda sima en su centro, repleta de viva corola, lívida, blanduzca, y cercada por la enorme forma de estrella de sus hojas oblongas, ligeramente aguzadas en sus puntas, que se agitaban como descomunales lenguas hambrientas, absorbiendo el vacío. Alrededor de ese coloso vegetal, todo parecía moverse y vivir con menos intensidad.

Una súbita inspiración iluminó de pronto la mente de Mike.

—¿No será ese coloso de la flora viviente uno de sus centros vitales, y el atacarle directamente mermará la vida de los demás? —pensó fugazmente, apretando las mandíbulas con energía.

Resuelto a comprobarlo o a morir, precipitó los acontecimientos. Movió uno de los mandos, lanzándose en recta y fulminante zambullida, directo a la boca de la flor gigante, con su rojo disco volador.

Al mismo tiempo, su mano aferró el disparador de hidrógeno líquido, aplicado previamente a los cañones disimulados de sus armas nucleares.

Disparó dos chorros terribles de blanca espuma, que aullaron al chocar sobre la viscosa masa vegetal latente. Un surtidor de espuma brincó a lo alto, al rebotar en la planta.

Y Mike, que sonreía duramente a través del visor de su cabina de control, palideció de horror al comprobar que la planta no se

helaba al recibir el chorro de líquido hidrógeno, Sino que Crecía, Crecía Velozmente, Hasta Transformarse en una Monstruosidad Viva, que Envolvió a la Nave de Mike Reagan Entre sus Hojas Carnívoras.

CAPÍTULO IX

HEROÍSMO



l Presidente escuchó las palabras entrecortadas del indio Acupa con expresión terrible.

—¿Eso es lo que oíste, terrestre? —rugió bajo la máscara la disfrazada voz de Zalia, sonando terriblemente metálica—. ¿El Número Uno traiciona el poder de Zyndra?

—Eso decían, señor —asintió, tembloroso, el desdichado indio —. Y lo peor es que el señor Reagan… morirá sin remisión.

—¡Vamos, Acupa, no hay tiempo que perder! —dijo súbitamente el Presidente irguiéndose detrás de su cuadro de mandos. Arrojó la máscara, los guantes y el disfraz. Atónito, el indio contempló la belleza morena y salvaje de Zalia, sin entender el cambio. Pero ya ella le tomaba con energía por un brazo, y corrían ambos a la salida de las habitaciones por su parte posterior, aquella que carecía de guardia—. ¡Vamos, sígueme! ¡Hay que salvar a Reagan ante todo…

y luego a nuestro imperio, del poder de un loco como el Número Uno!

Se perdieron por los desiertos laberintos metálicos y rectilíneos, donde sus pisadas sonaban huecamente, reproducidas por mil ecos esquinados.

Louis Duval, que regresaba con «*herr*» Schmitz de la despedida a Mike, se sorprendió al ver cruzar velozmente por el extremo de uno de los corredores a Zalia y al indio.

—¿Has visto lo mismo que yo, «*herr*»? —preguntó, sorprendido.

—¿Se refiere a la carrera de ese indio y la hermosa morena, «*monsieur*»? —respondió serenamente el germano.

—Exacto. Algo raro sucede. ¿Le parece que vayamos a investigar, «eh bien»?

—Siempre a sus órdenes, Duval —y ambos echaron a correr como un solo hombre.

Por otro corredor del palacio, el Número Uno avanzaba, implacable, seguido de los Números Dos y Tres, todos ellos armados. Su decisión era irrevocable: terminar con el Presidente.

Cuando entraron en las estancias de su jefe supremo, por la misma puerta excusada que utilizaran Zalia y Acupa, lo primero que vio el Número Uno fueron las ropas y máscara del Presidente, caídas tras el cuadro de controles.

Rabioso, masculló, dirigiéndose al cuadro:

—¡Ha huido! ¡Alguien avisó al Presidente de lo que planeamos! ¡Si es así y ordena cazarnos antes de que nosotros la cacemos a ella, estamos perdidos!

Accionó los mandos del control de Palacio, comprobando en las dobles pantallas magnéticas la presencia de extraños en el Palacio. Captó dos señales en un corredor, muy apresuradas. Y dos más adelante, como huyendo de las anteriores. Todas las señales confluían al campo de sus propias habitaciones.

Él Número Uno juró entre dientes. Dentro de su propia estancia ocultaba el verdadero depósito doble de hidrógeno líquido cambiado a Mike Reagan por uno de activo alimentador de vegetales. A estas horas, Reagan estaría a punto de morir. Pero también tenía que morir Zalia, o sería él entonces quien sufriera la pena de muerte como pago a su traición.

—¡Vamos a mis estancias! —ordenó brutalmente—. ¡Creo que si

no todo se hundirá!

Los tres torvos personajes salieron de la estancia, lanzándose por otro corredor más directo, hacia las habitaciones del Número Uno, confluencia de todos los personajes de aquel drama silencioso.

* * *

Zalia y Acupa se detuvieron ante la puerta cerrada y rectangular de las estancias del Número Uno, privilegiadas como hombre leal al Presidente que tenía que ser. Rápida, ante la consternación de Acupa, que lo creía todo perdido ya, Zalia extrajo de su ancho cinturón blanco una de aquellas doradas armas de abrazaderas negras, y enfiló su redondo cañón lleno de perforaciones contra la puerta. Una presión en el botón basto. La puerta, derretida materialmente, cedió a su paso sin esfuerzo.

Penetraron en las estancias, en tanto que Acupa no acababa de creer el prodigio de aquel arma. Los ojos duros, llameantes, de la hermosa mujer del pelo azul, se fijaron en los depósitos de hidrógeno líquido ocultos tras unas gasas vaporosas. Rápida, tiró de las leves cortinillas, y miró angustiada al exterior, a través de un ventanal amplio. Disparó otro chorro candente a su vidrio blindado, y lo derribó hecho goterones transparentes. Pero su mirada de angustia se quedó fija en una cercana plataforma donde brillaba el cuerpo rojo de un disco volador. Cercano, pero demasiado lejos para sus fuerzas solas.

—Nunca podré llevar hasta allí este depósito —murmuró, vencida.

Acupa tragó saliva. Señalaba, tembloroso, la puerta de la habitación. Unos pasos raudos se acercaban allá. Ella alzó decidida su arma, esperando fríamente.

—¡No, no dispare! —chilló Duval, al aparecer, cubriéndose el rostro.

Ella bajó el arma, esperanzada aún.

—¡Ustedes! —exclamó—. Aún pueden ayudarme a salvar a Mike Reagan…

—¿Eh? —exclamó el alemán—. ¿Salvarle de qué?

—Un traidor, el Número Uno, ha trocado su carga de hidrógeno líquido por otra de algo infernal sin duda. Tengo que alcanzar aquel

platillo volador. Pero no puedo trasladar eso, pesa mucho. Acaso ustedes sean capaces de…

—Podemos conducir el disco ese y todo —aseguró Duval, optimista.

—Usted sabe que no —replicó Zalia—. No conoce su mecanismo. «Yo sí». Súbanlo y eso es todo. Corro con ustedes al platillo.

—¡Pasos otra vez! —gimió Acupa, angustiado.

Zalia miró la figurita menuda del indio, estremecida de pavor.

—¡Vamos todos, entonces! ¡Ésos son los traidores! —exclamó—. Podría hacerles condenar, pero entonces morirá Mike. Acupa, venga con nosotros.

—Sí, voy… —El indio se lanzó tras de ellos. Pero de repente se echó sobre la mano de Zalia, le arrebató el arma y corrió en dirección contraria. Hacia la puerta de nuevo. Al detenerse ellos, chilló el indio maya—: ¡Ustedes huyan, salven a Mike Reagan! ¡Yo me cuido de guardarles las espaldas!

—Vamos —dijo Duval—. Será inútil disuadirle. Además… no hay tiempo de eso ya.

Era cierto. Con todo su pesar, los tres tuvieron que salir a la galería, correr por las terrazas salientes de los edificios, hacia el disco volador.

Entretanto, a sus espaldas, comenzó a silbar el chorro candente del arma nuclear. Acupa se portaba como un héroe. Finalmente les llegó el alarido de agonía del noble y valeroso indio maya, el más insignificante de los cinco terrestres, y, sin embargo, el que antes había ofrecido el tributo de su vida por salvar a Mike, su leal amigo.

Tan sólo el Número Uno asomó al ventanal, desesperado, disparando su arma nuclear. Pero era ya tarde. Un disco rojo se elevó en el aire. Tendidos en la plataforma de despegue, Duval y «*herr*» Schmitz lo dijeron adiós, con desaliento.

—Me hubiera gustado ir con ella —comentó Duval.

—¿Por… la chica? —bromeó el alemán, aunque su gesto era grave.

—No. Porque temo que corra un peligro demasiado grave ella sola.

—Está enamorada sin esperanzas —farfulló el germano—. Déjela, amigo mío. Ella sabrá lo que hace. Ahora vamos a buscar a

Luana Henderson lo antes posible, y a ponerla a salvo. Me temo que ahora sí que el Número Uno tiene libre el campo para erigirse en amo de todo esto…

—¡Es cierto, «mon ami»! —aulló Duval, incorporándose—. ¡No se me había ocurrido! ¿A qué esperamos?

* * *

Cuando Mike vio cerrarse virtualmente sobre su cabeza aquellas espantosas hojas vivientes, no pensó más que en apretar en forma instintiva el disparador de marcha.

Con un sibilante rugido, el platillo arrancó de nuevo hacia las alturas, y fue tan brusca y violenta su maniobra, que rasgó brutalmente las fibras de la planta, que pareció retorcerse, bajo un dolor por completo físico al sufrir el terrible daño.

Jirones de materia viva vegetal flotaron en la densa atmósfera de la jungla, al subir y subir el platillo, huyendo al monstruoso crecimiento de la planta. Mike juró rabioso, tirando de una patada los dos depósitos fuera de su emplazamiento. Había sido víctima de un trágico engaño, y ahora se encontraba vencido. Podía huir, pero aquello era también una derrota. Tan vergonzosa como morir entre aquellas odiosas plantas.

Planeó sobre las masas de vegetación temblorosa, arrojando ahora las bacterias. Éstas sí parecían no haber sido alteradas, porque una de las plantas se plegó sobre sí misma, como dañada por millones de seres feroces. Sin embargo, era un consuelo bien pobre malgastar aquellos virus destructores en unas plantas que, al cubrir todo el planeta, utilizarían sus autodefensas para neutralizar las bacterias herbívoras, anulando toda la acción, apenas con unas escasas pérdidas.

Era el hielo que precisaba, helar las plantas anular sus defensas, atacarlas cuando estuvieran acorchadas e inmóviles. Pero el hidrógeno líquido no estaba. Alguien había efectuado el cambio criminal en Mayalia. Y Mike podía jurar que sabía quién era.

Cuando planeaba de nuevo sobre la planta enorme y ávida, sin atreverse a descender demasiado, y malgastando casi por completo uno de los cinco depósitos de bacterias, un silbido estridente llegó hasta sus oídos.

Accionó el visor, en busca de la razón. Un cuerpo redondo, rojo y fulgurante, apareció describiendo espirales vivísimas. Profirió una exclamación de temor cuando la pared del disco se hizo transparente unos momentos, los precisos para ver el rostro hermoso, enmarcado en cabellos negroazules, de su conductora.

—¡Zalia! —gritó roncamente—. ¡No, Zalia, fuera de esta zona! ¡Es peligroso, es mortal seguir aquí! ¡Vete, ZALIA!

Por los microrreceptores del disco volador llegó la voz dulce, suave, de la muchacha:

—No, Mike. He llegado a tiempo de salvarte. El Número Uno nos traicionó a todos. Acupa lo descubrió, y ha muerto por frenarles, en tanto Duval y Schmitz me ayudaban a trasladar esto. Voy a ayudarte, Mike…

—¡No! —chilló el joven, desesperado, advirtiéndole—: ¡Esa planta ha crecido terriblemente, no desciendas, demasiado!

Era tarde, porque ella no debió oírle. Hizo descender, entre dos chorros anaranjados de luz, a su proyectil volador. Al mismo tiempo, funcionaron sus depósitos de hidrógeno.

Barrió con los chorros de blanca espuma las hierbas y vegetales. También un terrible surtidor del hielo líquido, que pronto se solidificaría, alcanzó al monstruo vegetal en plena corola, haciéndole contraer furioso, en movimientos epilépticos, como los de una ballena moribunda que aplasta al arponero a coletazos.

—¡No bajes, Zalia! ¡NO BAJES MAS…!

Inútil. Mike, lleno de horror, se cubrió los ojos cuando las ávidas y estremecidas hojas espinosas de la colosal planta se cerraron sobre el platillo de Zalia. Ella no supo ni pudo salir de la presa mortal. Crujió el metal, astillado, destrozado por el monstruo mortal. Y con él, una explosión terrible, glacial, del hidrógeno almacenado dentro. Un mar de espuma blanca, rápidamente convertida en hielo, en una costra creciente de helada superficie, brotó de entre las hojas de la gran planta súbitamente paralizada.

Pero para entonces, los ojos dilatados del joven periodista americano vieron en el fondo de su repugnante corola agonizante los restos pulverizados del disco, en cuyo interior había hallado la más heroica y abnegada de las muertes una mujer de quien se había dicho que no sentía nada humano ni tenía alma en su cuerpo.

Rabioso, deseando ahogar su furia en aquel enemigo paralizado

por el hielo, empezó a disparar sus proyectores de bacterias sobre la muerta llanura verde. Pronto los millones y millones de microbios herbívoros se multiplicarían, se centuplicarían hasta el infinito, saciándose de la rígida materia vegetal, de sus tejidos vivos que el frío paralizaba. Y aquellas bacterias, fortificadas por selvas y selvas de vegetación ingerida, se expandirían, incontenibles, arrollando a las más poderosas y gigantescas plantas, que serían impotentes para mermar el cáncer terrible, sinfín, que les había brotado en su único talón de Aquiles…

Pero todo eso, pensó Mike furioso, no devolvería la vida a Zalia, la heroica salvadora de todo un mundo y también del propio Mike Reagan…

Cuando hubo vaciado los depósitos de bacterias a lo largo y ancho de infinidad de junglas, en las que el frío solidificado empezaba a surtir su efecto fulminante, Mike hizo girar los mandos del disco volador en redondo.

Regresó a Mayalia, donde aún quedaba una cuenta por saldar.

El Número Uno, traidor, cobarde y cruel. El auténtico cerebro de la maldad de los seres de Zyndra…

Además allí estaba Luana todavía. Y Duval y Schmitz. Si algo les había ocurrido en su ausencia, destruiría con sus propias manos todo el imperio maya trasplantado a aquel mundo remoto, aunque él pereciera con ellos. No sabía cómo sería capaz de hacerlo, pero lo haría.

CAPÍTULO X

LOS QUE VOLVIERON


i Reagan ni Zalia volverán jamás —aseguró fríamente el Número Uno, mirando a sus tres prisioneros—. De modo que perded toda esperanza. Vais a ser lanzados ahora a las plantas que mantenemos artificialmente para estudiar sus reacciones, al engullir a los diversos seres que destinamos a su nutrición.

—¡Cobarde, traidor! —rugió Duval, impetuoso.

—En nuestro mundo, señor Duval, el insultar no sirve de nada —rió el falso Wardo—. Es completamente inútil porque carecemos de sensibilidad. La única realmente sensible era Zalia, y ella ya no existe a estas horas, estoy seguro de ello. En cuanto usted, señorita Henderson, lamento conducirla también a morir, pero nuestras plantas han de vivir, crecer, volverse a multiplicar…

Horrorizada Luana dilato sus pupilas.

—¡De modo que ése es su juego! ¡Evitar que la vegetación muera! —musitó.

—Eso es. Creo que su amigo Mike se dio perfecta cuenta de ello. Comprendió que yo no buscaba la paz nuestra, sino la destrucción de todos los seres y razas de los mundos hasta constituir Zyndra la única base de seres vivos de la Creación. Entonces estará seguro de nuestra superioridad, de nuestra única hegemonía en los espacios, en todo el Cosmos… ¡y algún día llegará! Cuando volvamos a la Tierra… no como visitantes, sino como invasores organizados, secuestrando ciudades, naciones enteras, para nutrir de nuevo a nuestras plantas, para hacerlas fuertes hasta que YO DESEE DESTRUIRLAS. Entonces no me faltaran medios de hacerlo, porque soy el ser más inteligente de todos los mundos, ¡y cuando consiga el Supremo Poder de los planetas, habré alcanzado mi sueño ideal, la cumbre más alta del género humano… lo que jamás hombre alguno se atrevió a imaginar! ¡Me igualaré, superaré incluso a…!

—¡Calle, loco, blasfemo, estúpido mesiánico! —gritó, delirante, la joven Luana—. ¡No sabe lo que dice! ¡Le castigaran por eso, caerá desde ese pedestal tan alto… al más profundo de los abismos, a la muerte y la destrucción que su soberbia estúpida merece!

Furioso, el Número Uno, dando un paso adelante, abofeteó el rostro de Luana Henderson, y repitió, ególatra:

—¡Yo seré el primero de los seres del Universo!

Hizo una pausa, en tanto que Luana sollozaba y los soldados de Mayalia, que nada comprendían de todo aquello, contenían la furia de Duval y de Schmitz. Luego, dijo altivamente, irguiendo su sólida figura con aire terrible:

—¡Llevadles a sus urnas de cristal, para que no puedan rebelarse! ¡Mañana, si el Presidente no aparece a la hora en que nuestro sol llega al cénit, yo me nombraré Presidente de Zyndra! ¡Y para conmemorar la fecha, los tres terrestres irán a parar a las fauces de nuestras plantas carnívoras, en los invernaderos de Palacio!

Aquella noche, larga y tenebrosa, los reflectores de Mayalia recorrieron los cielos, en busca del platillo de Mike Reagan o de Zalia. Pero ninguno volvió. Cuando veintiocho horas más tarde salió el sol de un nuevo día, Luana Henderson lloró amargamente. Aun en la forzada inmovilidad de su celda de cristal, las lágrimas

resbalaron por sus paralizadas mejillas.

* * *

Toda la población de Mayalia, hombres, niños, mujeres, relegados a un rincón humillante, y los soldados guardando las entradas de palacio, se reunieron ante la gran plataforma delantera del palacio, donde habían sido alineadas las vitrinas fluorescentes, donde reptaban, bajo la mirada de miles de seres asustados, las plantas carnívoras.

Frente a las vitrinas, prestas a ser abiertas, tres figuras inmóviles, aferradas con bandas magnéticas en muñecas y tobillos, esperaban la muerte horrible, cruel y violenta.

Erguido en un sitial bruñido, color de plata, bajo la caratula de la deidad maya primitiva, el Número Uno esperaba el momento de dar la orden trágica, con su atavío de Presidente, sus guantes y su mascarilla inexpresiva al rostro. Era la Ley que así fuese el Presidente, y así se presentaba el ególatra a su pueblo.

El sol subía lenta, lentamente hacia el cénit. Para los condenados, demasiado rápido. Acortaba sus momentos de vida, les acercaba a la muerte terrible, situada al otro lado de las vidrieras luminiscentes.

Cuando el astro solar de Zyndra llegó a su punto máximo, un clamor expectante llenó las calles de la ciudad geométrica. Lento, solemne, el nuevo Presidente alzó su brazo.

—Vais a morir —anunció, sencillo y despiadado—. Adiós…

El silencio era denso, cortante. Lívidos, los tres condenados dirigieron una mirada a las alturas, más allá de aquel sol, de aquellos mundos lejanísimos, a otro confín del Universo, donde había Perdón, Justicia y Amor…

—Amor mío, Dios quiera que me reúna contigo… —musitó entre dientes Luana, evocando a Mike en su oración—. Si es así, bien venida sea la muerte.

—¡Ahora! —voceó roncamente el Número Uno, bajando el brazo.

Dos soldados abrieron las puertas superiores de las vitrinas. Los vegetales sacaron sus largos brazos de reptiles fibrosos, ansiando aferrar la presa… Luana cerró los ojos, igual que Duval. Schmitz

soportaba la tortura final con ojos abiertos, valientes.

Y en aquel dramático momento, ocurrió lo imprevisto.

En lo alto de la más alta plataforma de la ciudad apareció una figura con los brazos erguidos a la altura. Brazos en aspa, que parecían invocar algo por encima de aquel pueblo soberbio y orgulloso. Una voz potente, que llego a todos los ámbitos de la ciudad, clamó en idioma maya:

—¡Alto, traidores a Zyndra y a sus leyes! ¡Alto vosotros, mis hermanos, mi raza! ¡Os habla Agamarah, vuestro Presidente! ¡Yo, sobrino del antiguo Presidente, primo directo del que ha muerto ahora por ayudar a Mike Reagan, y del que debéis saber que no era sino Zalia, una mujer! ¡Porque las mujeres, nuestras mujeres, también pueden ser inteligentes, sabías y heroicas, no simples bestias de carga o madres de nuestros hijos! ¡Ese hombre, indigno de pertenecer a Zyndra, el Número uno, es el culpable de la muerte de Zalia! ¡Y ahora iba a matar a nuestros únicos y verdaderos amigos del planeta Tierra, para llevar a cabo sus ambiciosos planes! ¡El Número Uno quiere reavivar a nuestros enemigos, las plantas carnívoras!

Aquella voz tenía potencia, autoridad, fe de verdad en su tono.

El Numero Uno quiso replicar, acusar de impostor al aparecido, pero el clamor de amenaza de las gentes le ahogó las palabras. Miró en torno, asustado.

—¡Vivo, tiradlos ahí dentro! —ordenó a sus soldados leales.

Éstos iban a obedecer, con evidentes vacilaciones, en tanto que la multitud iba invadiendo en marea creciente las escalinatas del palacio.

Una nueva figura, atlética y valerosa, apareció en la plataforma superior del palacio, encima de las cabezas de los soldados, encima de la del propio Número Uno, que alzó el rostro, aterrado, despojándose de su mascarilla.

—¡Mike Reagan! —rugió, asombrado, lleno de vivo terror por primera vez.

—¡Mike! —El alarido de Luana era desgarrador. Se soltó de los soldados, para caer por la escalinata, al tener atados los tobillos.

—¡Matad a ese hombre! —chilló, enfebrecido, el Número Uno.

Pero nadie le hacía caso. Mike empuñaba en sus manos algo, un depósito que parecía hidrógeno líquido. Chilló con su voz clara a

Duval y Schmitz:

—¡Fuera! ¡Apartaos de ahí los dos! ¡Lo más lejos posible!

El francés y el alemán se dejaron rodar por el suelo, lejos de la vitrina. Los soldados del Presidente, aturdidos, no se movían. La arenga vibrante de Agamarah seguía, en lo alto de su tribuna pública, coreado por clamores de entusiasmo desbordante.

Lívido, desencajado, el que fuera falso Wardo en la Tierra, alzó su pistola nuclear contra Mike. Éste sólo tuvo que apretar el chorro de su depósito. Una oleada de espuma blanca golpeó a las plantas del invernadero. Sus brazos se alargaron, crecieron al bañarse en el potente reactivo. Frenético, el Número Uno retrocedió, quiso huir, y sus pies trastabillaron. Resbaló, cayendo de rodillas.

No se irguió por su pie. Diez o doce membranas vegetales, poderosas y hambrientas, hicieron presa en él, tiraron del tirano hacia su reino de muerte y horror, a pesar de los esfuerzos desesperados de aquel ser enloquecido por el miedo.

Ante el mudo espanto de miles de testigos, el cuerpo del Número Uno penetró en la vitrina gigante, fue absorbido. Un grito espantoso, largo y escalofriante, se ahogó en un ronco gorgoteo de agonía. Luego, satisfecha, la planta dejó caer sus largos tentáculos dentro del recipiente.

—¡Con tus propias armas ha sido, traidor! —gritó Mike, saltando a la plataforma inferior ágilmente. Corrió a los soldados, pero éstos, entre él y la multitud, se vieron vencidos, dispersándose o rindiendo sus armas. Una mayoría militar se unió también a la revuelta.

—¡Destruid esa planta! —ordenó Mike, señalando la vitrina—. Es la última huella de un imperio de terror que se pretendía reavivar en Zyndra…

Luego, recordó a Luana. Corrió junto a ella. Ya la multitud la atendía, devolviéndole la libertad de sus miembros ligados. Mike la estrechó contra su pecho. Ella no supo hacer otra cosa que llorar, reír y decir cosas incongruentes, con voz quebrada de emoción.

* * *

—Imaginé que vigilarían los cielos, y dejé el platillo —explicaba Mike a sus amigos. Regresé por tierra, a escondidas, perdiendo horas y horas, hasta entrar en las zonas bajas de Mayalia, donde me

encontré con leales que me refirieron los propósitos del nuevo Presidente, un traidor. Me costó algo entenderlos, pero la mímica es lenguaje universal. Entonces se me llevó a presencia del primo de Zalia, un joven e intrépido muchacho con ideas nuevas en Zyndra, con espíritu y con alma. Que son, a la postre, los que triunfan y arrastran a las gentes tras de sí, en pos de algo digno de obtener y gozar. Por eso le han escuchado. Decidimos dar el golpe teatral, para salvar vuestras vidas con mayor facilidad. Ahora… todo ha terminado. Agamarah será un justo Presidente. Y al no tener traidores y ególatras al lado, devolverá al imperio maya la razón de su supervivencia en otros mundos: Su cultura, su fe inquebrantable y su valor infinito. Ya ningún mundo peligrará por la locura egoísta de un fanático…

Duval, Schmitz y Luana le miraron con sonrisa feliz. Acaso la primera sonrisa realmente feliz que dibujaban sus semblantes desde que abandonaron la Tierra, secuestrados por aquellos siniestros visitantes, precursores de desastre y de muerte.

Agamarah se les acercó, con la mano extendida. El nuevo Presidente no utilizaba máscaras ni efectismos. Su rostro limpio, jovial y optimista, irradiaba fuerza, fe y energía para mandar y conducir a su pueblo a la gloria de un nuevo período próspero y triunfal.

Les señaló la forma escarlata de un platillo volador, acaso el más gigantesco que vieran en Zyndra los terrestres. Su tamaño, era doble del utilizado por secuestradores, en su regreso de la Tierra.

—Con él iréis a la Tierra fácilmente —dijo Agamarah en lengua maya.

Y aunque ninguno comprendía aquella lengua, se dieron perfecta cuenta de lo que quería decir. Se despidieron de él con verdadero afecto.

Y cuando la geométrica ciudad plateada de Mayalia quedó atrás, erguida y orgullosa sobre el alto risco, vencedora encima de grandes selvas verdeantes que habían muerto y mantenían ahora total inmovilidad, casi sintieron nostalgia los cuatro viajeros.

La nostalgia de los que saben que ya jamás, por muchos años que vivan, volverán a ver lo que queda tras de sí. Mayalia, Zyndra, aquel mundo verde y prodigioso perdido en otros sistemas solares remotos, no se borraría de sus mentes jamás. Pero pronto no sería

sino un recuerdo que, al evocarlo, parecería completamente imposible.

El rojo cuerpo celeste, perforando el vacío negro de los cielos, dejó atrás, muy lejos, la esfera verde. Al final, se borró en el visor, para no verse nunca más.

Mike tragó saliva, accionando los mandos de la nave. Se acercaban ya a su propio Sistema Solar, a la vieja, querida y entrañable Tierra.

—Destruiremos este artefacto dondequiera que caigamos —dijo Mike roncamente a sus amigos—. No merece la pena contar nuestra aventura. Después de todo, es posible que nadie la creyese, ni siquiera con este disco volador…

—Podemos sepultarlo en el mar —arguyó Duval, brillantemente.

—A veces tiene usted buenas ideas, «*herr*» Duval —rió el alemán —. Me parece bien.

Mike Reagan se volvió a Luana. Pasó por sus hombros un brazo cariñoso, besó sus cabellos dorados y preguntó suavemente:

—¿Y tú, querida… qué dices a todo eso?

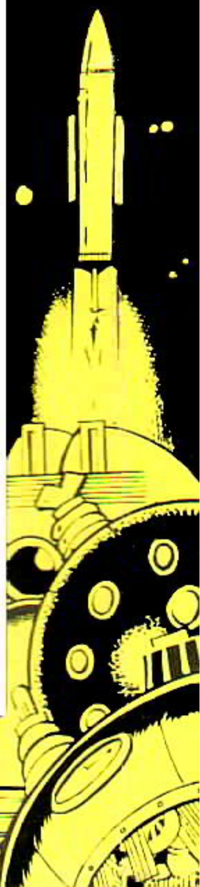
—Lo que tú digas, Mike. Con tal de no perderte… lo que tú digas…

Era toda una respuesta. Y la que Mike le dio después, también.

Duval y Schmitz se volvieron discretamente de espaldas.







Escena de la película ON THE THRESHOLD OF SPACE, de 20th. Century Fox

Precio en España: 6. ptas. En Argentina: 4,5 pesos



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL.

Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo

de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.